

LA CARTERA

CUBANA.

OCTUBRE.-1838.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE AGOSTO.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 70	27 p. 68	27 p. 66	84. 0 50	86. 0 50	84. 0 40	62. 0	63. 0 50	65. 0
2	67	68	69	84	87	85	60	56	50
3	71	68	69	84	87	85	65	65	65
4	70	67	68	83	86	83	65	68	68
5	70	67	68	82	83	84	67	69	67
6	68	68	67	82	83	83	65	61	67
7	70	68	72	83	83	84	66	57	61
8	73	73	73	84	86	84	61	66	63
9	73	72	73	83	84	84	61	65	67
10	74	72	75	82	85	85	66	58	66
11	75	70	73	83	85	85	66	57	64
12	72	70	73	84	88	86	65	58	63
13	70	69	73	84	89	86	62	51	60
14	72	65	72	84	89	86	66	61	67
15	69	67	67	84	88	84	62	59	69
16	68	66	68	84	87	86	68	50	63
17	68	66	68	84	85	86	69	66	69
18	68	67	69	84	85	87	69	62	67
19	68	66	69	85	85	87	71	60	68
20	69	66	66	85	89	85	70	61	69
21	67	66	65	84	88	84	68	57	71
22	63	63	64	82	84	82	69	70	72
23	66	66	70	81	88	83	70	53	70
24	71	68	67	82	87	82	73	71	72
25	70	67	66	83	87	84	70	50	60
26	68	64	68	83	89	86	69	60	67
27	69	67	70	84	89	86	70	60	69
28	69	68	67	84	89	86	70	59	67
29	69	67	69	84	89	87	68	60	66
30	69	68	69	84	89	86	67	58	65
31	71	68	68	84	89	87	66	60	65

NUBARRONES.—El 7 al anochecer, y el 15 al medio día. LLOVINAS.—El 1.º y el 3.º a las 11 de la mañana; el 6 de 3 a 4 de la tarde con truenos; el 8 al medio día con truenos; el 17 idem; el 21 a las 11 y cuarto de la mañana, y el 26 a las 3 menos cuarto de la tarde. CUBRASCOS.—El 1.º a la una y media del día con truenos; el 9 a las 11 de la mañana; el 22 a las 12 y media del día y a las 4 y media de la tarde, y el 24 a las 2 y media de id. ACUACEROS.—El 3 a las 2 y media de la tarde con truenos; idem con idem el 4 a las 10 de la mañana y 2 y media de la tarde; el 5 de 3 a 4 de idem; el 16 a las 7 y media con truenos; el 21 con id. a las 5 y cuarto de la tarde, y el 23 a las 3 y media de id. con truenos.

4.º CUADERNO.

26

Ayuntamiento de Madrid

ESTADOS DE HOSPITALES.

MEDICINA.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
	AGOSTO.	AGOSTO.		AGOSTO.
		Presos.	Particul.	
Enfermedades.				
Tifo - - - - -	101	"	"	"
Fiebres intermitentes - - - - -	40	"	"	"
Idem catarrales - - - - -	43	"	1	1
Idem esporádico - - - - -	1	"	"	"
Cólera esporádico - - - - -	46	40	82	2
Gastritis agudas - - - - -	2	"	"	"
Idem crónicas - - - - -	22	3	26	"
Diarreas - - - - -	"	"	7	"
Disenteria - - - - -	"	"	1	1
Hepatitis agudas - - - - -	1	"	4	"
Id. crónicas - - - - -	2	"	"	"
Esplentitis - - - - -	6	"	"	"
Nefritis simples - - - - -	2	"	"	"
Obstrucciones - - - - -	25	"	"	"
Afectos catarrales - - - - -	2	"	14	1
Pleuritis - - - - -	2	"	"	7
Tisis - - - - -	5	"	"	"
Hemoptisis - - - - -	2	"	"	"
Afectos del corazón - - - - -	8	"	"	"
Viruelas - - - - -	6	"	"	"
Escarlatina - - - - -	3	"	"	1
Convulsiones - - - - -	4	1	"	1
Epilepsia - - - - -	"	"	1	2
Tétanos - - - - -	"	"	"	2
Asma - - - - -	19	3	50	"
Reumatismos agudos - - - - -	2	"	"	"
Artritis - - - - -	1	"	2	"
Hidropesia - - - - -	10	"	"	2
Escarbuto - - - - -	2	"	"	1
Apoplejia - - - - -	"	"	"	1
Vaginitis - - - - -	"	"	"	1
Histerismo - - - - -	"	"	"	1
Metritis - - - - -	"	"	"	"
Totales - - - - -	357	49	171	22

CIRUGIA.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
	AGOSTO.	AGOSTO.		AGOSTO.
		Presos.	Particul.	
Enfermedades.				
Gota - - - - -	"	"	1	"
Contusiones - - - - -	10	7	3	1
Heridas de armas blancas - - - - -	2	9	"	2
Idem de idem de fuego - - - - -	2	"	2	"
Fracturas - - - - -	17	2	1	3
Tumores simples - - - - -	22	1	3	"
Bubones - - - - -	8	"	"	"
Hérnias - - - - -	2	1	"	1
Escrófulas - - - - -	4	"	"	"
Úlceras cancerosas - - - - -	7	"	"	"
Idem subinflamatorias - - - - -	15	11	20	"
Idem y pústulas venéreas - - - - -	"	"	2	"
Orquitis - - - - -	27	"	1	"
Fimosis y paraquimosis - - - - -	53	"	5	"
Uretritis - - - - -	9	"	"	"
Catarros vexicales - - - - -	60	"	"	1
Dolores osteocopos - - - - -	8	"	"	"
Hemorroides - - - - -	6	"	1	"
Fistulas del ano - - - - -	"	"	"	"
Id simples - - - - -	1	"	"	"
Erisipela - - - - -	34	"	"	"
Erupciones sarnosas - - - - -	30	"	"	"
Herpes - - - - -	4	"	2	1
Oftalmias agudas - - - - -	6	1	"	"
Idem crónicas - - - - -	4	"	"	2
Lupias - - - - -	2	"	"	3
Hemorragias - - - - -	"	"	1	"
Anasarca - - - - -	"	"	3	"
Retencion de orina - - - - -	"	"	"	"
Totales - - - - -	324	32	43	14

HOSPITALES.**S. AMBROSIO.**

Existencia en 1.º de agosto.	400	} 1081
Entraron en dicho mes.	681	
Se curaron.	688	} 714
Fallecieron	26	

Quedaron para 1.º de setiembre de 1838. . . . 367

La mortandad estuvo á razon de 2,40 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de agosto.	289	} 584
Entraron en dicho mes.	295	
Se curaron.	249	} 293
Fallecieron	44	

Quedaron para 1.º de setiembre de 1838. . . . 291

La mortandad estuvo á razon de 7,53 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de agosto.	142	} 178
Entraron en dicho mes.	36	
Se curaron.	27	} 40
Fallecieron	13	

Quedaron para 1.º de setiembre de 1838. . . . 138

La mortandad estuvo á razon de 7,30 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en agosto reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Agosto.

Gastritis agudas.—Fiebres intermitentes.—Disentería.—
Afectos cerebrales.—Sífilis.—En los europeos, el tifo.

Observaciones prácticas.

El sarampion desapareció enteramente desde principios del mes. Aunque ha habido algunos dolores reumáticos, no han presentado la tenacidad de los meses anteriores. La fiebre efémera ó angioténica, caracterizada por el estado del pulso, la sed, la brillantez de los ojos, el dolor de cabeza y los sudores, ha constituido la enfermedad predominante; y como tambien desaparecía al segundo ó cuarto dia, á beneficio de los emolientes, la dieta y leves sudoríficos, la hemos caracterizado por gastritis simple. Sin embargo, notamos cierta tenacidad en algunos febricitantes, cuyo mal no disminuía ni se quitaba á pesar de los remedios oportunos aplicados en tiempo, sino que se prolongaba quince y mas dias con el carácter remitente, exigiendo la quina en enemas, las frotaciones y los revulsivos esternos. En otros casos, los individuos predispuestos que no presentaban ninguna señal alarmante en los dos ó tres primeros dias, se han visto devorados por una fiebre ardiente que se elevaba á la ataxia y terminaba en la adinamia: afecciones gravísimas donde el médico que ignora la fisiología, ni ha comprendido el mal, ni le ha curado; mientras los otros no temiendo la irritacion gástrica que lograron calmar y desvanecer con las emisiones locales, han prescrito los purgantes, las ayudas eméticas y los vejigatorios, y obtuvieron la curacion de un mal que tan rebelde parecía. No han faltado apoplegías fulminantes que en pocas horas han destruido las personas afectadas, sin dar tiempo siquiera á la aplicacion de los remedios: atacaban á individuos robustos, que menospreciaron los prodromos de la enfermedad y querian desvanecer con alimentos nutritivos é irritantes, los desvanecimientos de cabeza que atribuian á la debilidad.

Los males venéreos han cedido prontamente. El vómito negro ó tifo ha calmado tanto, que en el hospital de S. Juan de Dios no hubo un enfermo; y conocemos facultativos acreditados que no han asistido apenas tres en el público. Esto prueba lo que hace tiempo hemos observado, que cuando reina con fuerza una enfermedad epidémica, sea cual fuere, disminuye por algun

tiempo la energía de las otras; y como el sarampion dominó con tanta fuerza en los meses anteriores, parece que el veneno que le produjo ha debilitado la acción de los miasmas. No debe dejar de contribuir á la benignidad del mal y á su poca generalización, la temperatura atmosférica que no ha sido muy rigurosa; pues hasta fines de junio no se elevó el calórico, y las aguas de julio y de agosto refrescando el aire impedían su desarrollo. Esto en verdad aumentó las afecciones catarrales, y muchos tísicos acabaron entónces su dolorosa existencia; mas aquellas no han presentado graves síntomas, y estos á lo sumo hubieran vivido un mes mas. Debe existir una constitucion médica particular que produce la malignidad del tifo en muchos años, donde en vez de consolarse el paciente con los remedios, toma el mal una actividad aterradora. Estimulamos á nuestros compañeros para que indaguen el fenómeno y nos comuniquen sus ideas sobre materia tan importante.

Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
En todo agosto . . .	243	154
Total general. . .	397	

AGRICULTURA.

OBSERVACIONES SOBRE EL CULTIVO DE LOS NARANJOS.

Siendo la isla de Cuba un país eminentemente agrícola, y estribando el edificio de su riqueza sobre este arte, el primero y el mas necesario de todos, no puede sernos indiferente nada de cuanto tienda bien sea á mejorarle y perfeccionarle, bien á sugerir ideas propias á hacerle mas útil y productivo. Hay ciertas culturas pequeñas que quizá no se emprenden en grande por falta de datos que pongan de manifiesto los beneficios que pueden rendir, porqué se ignora el modo de conseguirlos; así me parece al menos, porqué de otra manera deberíamos suponer en nuestros agricultores una apatía que no he visto en ninguno; bien al contrario, en los que conozco he hallado el mas vivo deseo de ilustrarse y la mas loable disposición á dirigirse por las luces adquiridas, cualquiera que fuese su procedencia. Semejante de-

sapego á la rutina nos hace creer que en poco tiempo adquirirá nuestra agricultura un desarrollo considerable si hubiera un establecimiento público en que se desmostrasen las mejores prácticas y se ensayasen los cultivos nuevos mas provechosos; porqué sin ensayos demostrativos siempre quedan en duda las consecuencias. Yo que por desgracia no soy hacendado, no puedo ofrecer mas que teorías; pero me parecen tan claras, tan convincentes, que no dudo aprovecharán á varios lectores. Comenzaré por el naranjo y dejaré para otros artículos las diferentes materias que me propongo tratar si lo consienten mis ocupaciones y el público les da su apobracion.

El naranjo ágrío crece con mucho vicio, como todos saben, adquiriendo prontamente una robustez que en raros vegetales se encuentra. A los tres años ya es un árbol de cuatro á cinco varas de altura y con principios de copa; á los cuatro ya da sus cien naranjas, y esta cantidad se duplica cada un año, hasta que á los doce no bajan de tres á cuatro mil las que produce en cada cosecha, si está en terreno regular, de bastante fondo, con la correspondiente ventilacion y cuidan de destruir la yerba que crece en su rededor, remover la tierra con el azadon una ó dos veces al año y de echarle suficiente abono, que si es posible será de sustancias animales, como bestias muertas, sangre del matadero, huesos, cuernos &c, ó en su defecto basura de la casa, estiércol de caballo ó de cabras. Un naranjo de estos, basta para el consumo de la familia, porqué las naranjas permanecen mucho tiempo en las ramas y puede haberlas todo el año; pero no darían lugar á ningun comercio de consideracion, por el poco consumo que de ellas hay, y porqué á los estranjeros no les gustan tanto como á nosotros: por consiguiente á nadie aconsejaría que hiciese grandes plantíos de estos naranjos si solo hubiere de aprovechar la fruta. Sería una cosa muy diferente si á los tres años se ingertasen estos árboles con naranjos chinos, cuya fruta por lo mismo que agrada á todos, siempre tiene seguro despacho aquí y en el estranjero.

La dificultad está pues en ingertar los naranjos ágríos para convertirlos en dulces. No se crea que esta operacion sea difícil, aunque pocos la sepan practicar con acierto: todo nace del miedo que muchos tienen de perder el árbol ó tal vez de que no escogen buena estacion para el ingerto. Hágase en la época en que el naranjo está brotando con fuerza, quítesele á este un pedacito de corteza donde se quiere colocar el ingerto, aplíquese

sobre la herida otro pedazo de certeza de igual tamaño y cogido de un naranjo dulce de la mejor calidad y que tenga una yemita en el medio, sugétese con majagua que no toque á la yema, y cúbrase todo con estiércol de vaca mezclado con barro para darle la consistencia correspondiente; en fin, córtese la copa al árbol y cuantas ramas tiene y aparecieran después, y queda hecho el ingerto.

A los tres años de ingertado ya dará este árbol sus cien naranjas hermosas y gordas en extremo, al siguiente dará doble número de ellas y así sucesivamente duplicando cada año hasta que tenga diez ó doce el árbol; de modo que á las diez por ejemplo, no bajarán de 1500 y su número se aumentará aun en los años sucesivos: pero no esperaremos tanto tiempo para formar la cuenta del rendimiento que producirá el naranjal.

Colocados á siete varas de distancia los naranjos, habrá tres mil ochocientos en una caballería de tierra. Supongamos que á los diez años dé cada uno 1500 naranjas; al precio corriente de cuatro pesos millar son seis pesos por cada mata, y por consiguiente \$22,800 por caballería, suma exorbitante que por sí sola equivale á la cosecha del mejor cafetal. Bien sé que todo no es ganancia y que es menester rebajar los costos; pero por grandes que se quieran suponer, no puedo concebir que asciendan á la mitad de los de un cafetal de diez caballerías de tierra: sin embargo, calculemos en grande para que no se me pueda decir que trato de proyectos imaginarios, y supongamos que se necesiten quince negros para chapear, picar la tierra, abonarla y coger el fruto. Estos quince negros habrán costado trescientas onzas, y el rédito de este dinero al doce por ciento al año, ascienden á \$ 612

Manutencion á un real diario por cada uno „ 684

Dos esquifaciones á peso una, al año. „ 30

Herramientas „ 30

Un mayoral á dos onzas al mes. „ 408

Un boyero á lo mismo „ 408

Arriendo de dos caballerías de tierra para que una de ellas sea de maloja para la boyada. „ 400

Cuatro yuntas de bueyes á seis onzas de oro cada una, su rédito al 12 p 8 „ 49

Dos carretas á tres onzas cada una, su rédito &c . . . „ 29

\$ 2,650

Pero que sean \$3,000, siempre quedan 19,800 de utilidad neta al año que ciertamente no es mala especulación.

Ya bien conozco me van á decir que para ello es menester aguardar hasta diez años, y que pocos tendrán la paciencia de esperar tanto para ver el producto de su dinero, porqué en todo ese tiempo será preciso mantener la negrada, pagar el mayoral, la renta del terreno y una porcion de gabelas capaces de arredrar al mas cachazudo. Es verdad: pero tambien lo es que ya desde el sexto año pagan los naranjos con su fruta mas de la mitad de los costos, y que en el siguiente los cubren con exceso; de modo que en el octavo ya pasan de \$2,000 las utilidades y de \$4,000 en el noveno, así es que la paciencia que hay que tener no pasa de seis años, y entre tanto todos saben mejor que yo que el terreno puede dar maloja para los bueyes y mas viandas de las que pueden consumir los criados.

Luego los gastos anuales realmente no pasan de dos mil pesos, ó sean en los seis años con sus réditos.	\$14,242
Costo de la negrada con sus réditos.	„ 9,010
Idem de la boyada y carretas con sus réditos	„ 901

\$24,153

Es decir, que con un capital de \$24,153 puede asegurarse el cultivador una renta de \$19,000, ó mas. La única objecion que contra este proyecto se presenta, es tal vez la de que dirigiendo todos su industria hacia este ramo, se sobrecargue el mercado y no pueda despacharse la mercancía por falta de compradores. Mas si se considera por un lado que no es muy probable que muchos se dediquen á él al mismo tiempo, y por otro el grande incremento de los Estados vecinos de la union americana, donde este fruto tiene un espendio seguro y cuyas relaciones con la isla de Cuba se multiplican mas y mas cada dia á merced de los buques de vapor, se convendrá en que es muy remoto el riesgo de su envilecimiento; pero aun concediendo que bajase desde 4 pesos á 2 el millar, siempre se obtendrá una decente utilidad de \$9,500 anuales.—*P. A. Auber.*



JURISPRUDENCIA.



¿CUANDO TIENEN LAS LEYES EFECTO RETROACTIVO?

Es regla general y muy conocida, que las leyes no producen efecto retroactivo. Sufre sin embargo algunas excepciones, que importa tener presentes, y hay cosas en que las mismas razones que sirven de fundamento á este principio, se oponen á su literal aplicacion.

Ocioso es decir que aquí no hablamos de leyes políticas. La política no tiene de ordinario otras reglas que la dura necesidad, la voluntad de un vencedor, las crueles exigencias de la guerra, ó las exigencias todavia mas crueles del temor ó de otras pasiones. Escribimos un artículo de jurisprudencia; y solo deben ocuparnos las consideraciones propias de los tribunales, cuya espada es una arma impotentē en los sangrientos combates que preside la ambicion, ó que enciende el furor de los partidos.

Las leyes que arreglan el órden de los juicios son aplicables á todas las causas pendientes, sin que por esto pueda decirse que sean retroactivas. La materia del juicio, ó la obligacion, de cuyo cumplimiento se trate, es sin duda anterior á su publicacion: pero los juicios mismos en sus trámites ulteriores deben someterse á las nuevas formas establecidas, que son cosa independiente del derecho de las partes en el fondo de la cuestion. Posible es á la verdad, que esta variacion en las formas, envuelva una privacion, ó envuelva un aumento de derechos en perjuicio ó en favor de alguno de los litigantes; y en este caso ocurriría una duda no pequeña. Supóngase, por ejemplo, que la via ejecutiva, concedida actualmente á cierta clase de acreedores, sea suprimida por una nueva ley, que le sustituya otro juicio mas ó menos violento, mas ó menos gravoso para los deudores. ¿Será justo que las obligaciones contraídas bajo las garantías que proporcionaba la ley antigua, pierdan de su fuerza ó produzcan efectos distintos por una ley superveniente? Será lícito por otra parte, que los tribunales prescindan de las nuevas formas, y ejerzan su autoridad en un procedimiento abolido? Estas cuestiones suponen necesariamente que la ley

Novísima no contenga espresa declaracion de lo que deba hacerse en tales casos. Si la contuviese, al juez no corresponde otra cosa que el estricto cumplimiento de las disposiciones vigentes; y ya la duda no sería de jurisprudencia, sino de legislación. Establezcamos un hecho para mayor claridad.

El artículo 166 de la ley de enjuiciamiento para causas de comercio dispone, que en ellas no tenga lugar la via de asentamiento, establecida en el derecho comun contra los demandados contumaces. Con esta disposicion pudiera decirse que se perjudica indebidamente á los actores, privándoles de un derecho adquirido antes de su publicacion, dado el supuesto de la contumacia, que castigaban las leyes haciendo poner al demandante en posesion de bienes del reo, que este no podia vindicar después sino litigando despojado. Nada sería tan fácil como presentarse este conflicto en una causa mercantil, en que ya el acreedor estuviese posesionado de los bienes, ó en otra en que solo pendiese la determinacion necesaria para ello, transcurridos todos los términos que constituyesen al reo en la contumacia punible con el asentamiento. ¿Debería procederse del mismo modo en estos dos casos? Es indudable que no, aunque en ambos parezca que tenia el acreedor igualmente adquirido el derecho de litigar con las ventajas de la posesion. Este derecho, reducido á efecto con la entrega de los bienes, es muy superior al que solo existia en las palabras de la ley, derogada antes de ejecutarse. La posesion legítimamente adquirida no podria revocarse sin dar á la nueva ley un efecto retroactivo: la posesion no decretada, aunque pedida oportunamente, deberia suspenderse como agena de las facultades del juez al tiempo de resolver. Mucho podriamos decir para fundar y esclarecer esta doctrina: baste empero indicar como principio general y sin excepcion, que las leyes reglamentarias de los juicios deben guardarse en todas las causas pendientes al tiempo de su publicacion, si bien no por ellas ha de hacerse novedad en las ventajas de hecho adquiridas por haberse dado cumplimiento á las leyes anteriores.

Otra clase de leyes hay, que por su objeto dirigido á la reforma de abusos anteriormente cometidos, pueden en muchos casos tener retroactividad. Tales son aquellas en que se declara la recta inteligencia que debe darse á otras leyes precedentes, mal entendidas ó mal ejecutadas hasta entonces. Toda cuestion pendiente ó que nuevamente se suscite sobre el de-

recho así interpretado, debe resolverse sin disputa con arreglo á la ley declaratoria. Pero ¿qué diremos de las ejecutorias obtenidas en sentido contrario? qué de las transacciones celebradas bajo otro concepto? qué, en fin, de las disposiciones testamentarias que visiblemente se dictaron en la inteligencia declarada errónea con posterioridad? Muchas son y muy graves las dudas que presentan estas cuestiones; y supuesto que la nueva ley no las decida terminantemente, será preciso atender con el mayor cuidado á las circunstancias particulares del caso que ocurra. Tan espinosa es esta materia, que segun refiere Merlin en su Repertorio de Jurisprudencia, al discutirse el Código de Napoleón, se tocó la imposibilidad de dictar reglas capaces de remover toda dificultad. Parece sin embargo, que todos los principios de justicia y de conveniencia pública deben hacer respetar la fuerza de la cosa juzgada, no menos que la de cualquiera transacción, cuyos efectos se han equiparado siempre á los de la ejecutoria; y respecto de los testamentos y últimas voluntades, fácil es de que en su interpretacion y cumplimiento procedan los tribunales, consultando las reglas de una sana crítica, y siguiendo el espíritu y la mas probable intencion de los testadores.

Pasemos ya á las leyes que pueden variar el estado civil de las personas, y su capacidad ó incapacidad para el ejercicio de ciertos derechos.

No hablaremos de algunos casos triviales, en que una nueva legislacion establezca nuevos requisitos para la adquisicion de los derechos de ciudad, vecindario, naturalidad ó rehabilitacion. Basta un momento de reflexion para conocer que á todos estos casos es aplicable el principio antes indicado de estar ó no consumada la ejecucion de la ley antigua. Otras son las dificultades de algun momento que pueden ofrecerse en este punto. Examinaremos algunas de ellas, y procuraremos resolverlas del modo que parezca mas acertado.

Prohíben nuestras leyes actuales que la mujer casada disponga de sus bienes por medio de contratos, sin la autorizacion del marido. Prohíben que la mujer exija fianza para la administracion de su dote, salvo en caso de malversacion comprobada. Si una nueva ley le concediese estas facultades ¿sería aplicable á todas las mujeres casadas antes de su publicacion? ó se limitaría á los matrimonios que en adelante se contrajesen? El hombre ya casado tiene sin duda adquirido un derecho res-

petable y de la mayor importancia para administrar libremente la dote, y para impedir que su muger celebre contratos no intervenidos por él. Razones de un órden superior le hubieran tal vez retraído de unir su suerte á la de una mujer que tuviese por las leyes facultad de contraer, sin su conocimiento, responsabilidades trascendentales al bienestar de ambos cónyuges, tanto como al de sus hijos. A todo esto pueden agregarse consideraciones no menos graves sobre la moralidad y tranquilidad doméstica, igualmente interesadas en que solo el marido disponga de los bienes comunes; mucho mas después de haberlos recibido y empezado á administrar; consideraciones que no se recomiendan para calificar la justicia ó injusticia de la nueva ley, sino como poderosos obstáculos á su observancia entre personas unidas con anterioridad.

En cualquiera país, cuyas leyes ó costumbres hagan considerar el matrimonio como un mero contrato para los efectos civiles, nos parece que sería bien fácil la resolucion de estas dudas; y que ningun tribunal vacilaría en conservar al marido las facultades adquiridas bajo el imperio de las leyes vigentes al tiempo del matrimonio. No así entre nosotros, que desgraciadamente hemos olvidado todos los intereses terrestres en nuestro ilimitado respeto á la santidad del vínculo sagrado. Los derechos y obligaciones del marido nos han parecido siempre absolutamente independientes de la voluntad de la mujer: así es que para privar á esta de la capacidad que le concediese una nueva ley, difícilmente podríamos ocurrir á un título tan respetable, como sería el de un contrato celebrado por ella misma ó por su familia; y he aquí una razon que probablemente nos decidiría á resolver la cuestion de un modo contrario á los principios indicados. ¿Diráse que esto es dar á la ley efecto retroactivo, y anteponer la equidad á la estricta justicia? No: emanadas de la ley y no de un contrato, las facultades del marido, la ley puede suspenderlas como pudo darlas: nada hay que exija de la autoridad legislativa la conservacion de un derecho que no sea de los que concede la naturaleza; y esta es otra regla que conviene no olvidar. Contra un derecho adquirido solamente por ministerio de la ley, no puede decirse retroactivo el efecto de otra ley posterior, como no se estienda á invalidar actos que precediesen á su publicacion.

Siguiendo este principio, pueden fácilmente resolverse cualesquiera otras cuestiones análogas que se presenten; cuales

serían, una ley que derogase la division de gananciales por iguales partes entre marido y mujer: una que estendiese ó limitase los veinte y cinco años señalados para salir del estado de menor, ó para considerar emancipado al hijo de familia; una que declarase gratuito el oficio de tutor, y en fin todas aquellas, que variando el estado de las personas, pudiesen afectar los intereses de ellas mismas ó de otras estrañas, suspendiendo las consecuencias de leyes anteriores. Si estas leyes dieron lugar á contratos que hubiesen de quedar sin efecto en virtud de su derogacion, sería retroactiva la nueva ley; por consiguiente injusta y contraria á todo principio: pero no declarándose espresamente la insubsistencia de tales contratos, la injusticia estaría, no en la ley, sino en el juez que no los respetase en toda su extension.—No por esto dejaría de cesar para lo futuro la comunicacion de gananciales, la inhabilidad del menor, la potestad del padre sobre su hijo y todas las facultades únicamente fundadas en la existencia de la ley antigua: esto no sería perjudicar un derecho adquirido, sino poner término á una facultad revocable en su origen; y tal es la muy importante diferencia que puede hacer conocer hasta qué punto debe restringirse la ejecucion de las leyes que alteran el estado civil de las personas y su habilidad ó inhabilidad para contratar.

Sobre los contratos en general, es cosa no solo posible sino frecuente que una nueva legislacion exija diferentes requisitos, ya en la forma ó en la esencia, para su validacion ó para su prueba, y nadie duda que toda cuestion relativa á contratos celebrados antes de publicarse la ley vigente, debe juzgarse por las que regian cuando fueron convenidos. Respecto á los resultados de estos mismos contratos, no están igualmente conformes las opiniones. Célebres jurisconsultos han creido necesario establecer una diferencia muy abstracta entre los *efectos* y las *consecuencias* de los contratos, ó sea entre sus consecuencias mas ó menos directas y necesarias, para deducir que la ley posterior á la celebracion de los contratos debe influir sobre unas sin empecer á las otras. Nosotros nos atrevemos á creer, que sin ocurrir á esta distincion puede encontrarse una regla que concilie todos los extremos. Ya se ha dicho que en cuanto á solemnidades, no es posible exigir otras que las establecidas al tiempo del contrato. Tampoco es dudable la validacion de un pacto celebrado, cuando el derecho le permita, aunque posteriormente se hayan prohibido los de la misma clase. Falta, pues,

únicamente contraernos á las causas de rescision. ¿Podrá rescindirse una venta en que no haya habido lesion ultra dimidiam, si después de consumada permite el legislador que pueda reclamarse una lesion menor; la del tercio, por ejemplo? La negativa es en verdad la opinion mas comun, y no le faltan poderosos fundamentos, señaladamente el de haber contraído las partes bajo la fé de que sus convenios serían irrevocables, siempre que no resultase perjuicio en mas ó en menos de la mitad del justo precio. Parécenos sin embargo que Meyer raciocina con mas exactitud, cuando niega que esta consideracion haya podido influir en la celebracion del contrato. Las leyes que conceden la accion rescisoria proveen á un caso imprevisto y contrario á la presunta voluntad de los contrayentes: su espíritu es proteger la buena fé contra la astucia y la rapacidad; y nunca debe suponerse que las partes, al tiempo de contratar, se pusiesen en el caso de considerarse engañadas; circunstancia que naturalmente las retraería del contrato y no les permitiría obligarse con deliberacion. Esta accion es además una facultad, que no proviene del pacto convenido, sino directamente de la ley y contra el pacto. Justo es, pues, que por la ley se modifique cuando parezca provechoso á la causa pública, y que los tribunales midan el perjuicio y califiquen el engaño, no por las reglas vigentes al tiempo del contrato, sino por las que rijan al tiempo de la reclamacion. La rescision se concede en el concepto de que una pérdida de tal importancia no pudo consentirse sino por efecto de sorpresa ó bajo la influencia de un error digno de enmienda. Concedido este antecedente, la proteccion del legislador es igualmente debida al que contrajo antes, que al que contrajo después de publicada la nueva ley. Solo el transcurso de un tiempo suficiente para la prescripcion, puede hacer absolutamente inalterable el contrato; y si la novedad introducida fuere estensiva tambien á este particular; entonces no dudamos decir que las prescripciones concluidas quedarán en toda su fuerza, mas no las que solo hubiesen principiado. La prescripcion es derecho que el legislador puede ampliar y restringir á su voluntad. Si hoy son necesarios veinte años para que caduque una accion personal, nada impide que esta dilacion se limite ó se prorogue por una nueva ley; y de consiguiente creemos que las causas de rescision de los contratos, no sancionados por la prescripcion, deben juzgarse con arreglo á las leyes que gobiernen al tiempo de hacerse la reclamacion, y no por

las que antes rigiesen. Confesamos sin embargo, que fuera del caso á que nos hemos referido, pueden presentarse algunos, cuyas particulares circunstancias requieran diferente resolucion; y confesamos tambien que esta es una de las mas arduas cuestiones que pueden someterse á los tribunales. Es bien raro por fortuna, que leyes de esta naturaleza no decidan espresamente lo que haya de observarse en tales casos; y á ellas toca preveer las graves consecuencias que pueden acarrear las innovaciones de que se trate.

¿Cual es la influencia que puede ejercer una nueva legislacion sobre los testamentos anteriormente otorgados? Ninguna si el testador habia fallecido: en esto no cabe duda ni cuestion; pero sobreviviendo el testador á la publicacion de las nuevas leyes, basta saber que el derecho de testar es puramente civil, para reconocer que está en arbitrio del legislador exigir nuevas formalidades, ya sean intrínsecas ó estrínsecas, así como lo está el destruir de todo punto la facultad que habia concedido. Tenemos, pues, por infundada la opinion, respetable por otra parte, de casi todos los jurisconsultos, que defienden la subsistencia de un testamento otorgado en tiempo hábil, sin las solemnidades externas requeridas por la ley vigente á la muerte del testador. No creemos como ellos que el testamento pueda considerarse un hecho consumado por su sola formacion: la muerte del testador es una circunstancia tan indispensable para darle fuerza, como su perseverancia en la voluntad manifestada; y ambos requisitos faltarían al testamento que suponemos. Hubiérale ratificado su autor, observando la nueva forma prescrita; y no habría razon para dudar de que persistía en su primera intencion. Su silencio ó su apatía es un poderoso argumento para persuadir que varió de voluntad, ó que renunció al derecho de testar, con las modificaciones hechas por el legislador, y así como no es cuestionable la nulidad del testamento, si al tiempo de la muerte carecía su autor de la capacidad legal; es forzoso convenir en que las solemnidades estrínsecas deben juzgarse por las leyes vigentes en la misma época, so pena de incurrirse en manifiesta contradiccion. ¿El testamento es un hecho consumado, ó no lo es, en el momento de su formacion? Si lo primero, nada importaría la posterior incapacidad del testador. Si lo segundo, poco significa su conformidad con leyes derogadas cuando empieza á tener fuerza. Es invencible en nuestro concepto este dilema; y la única excepcion que admi-

tiríamos, la única que nos parece de justicia, es la del caso en que las nuevas leyes hubiesen sido promulgadas cuando el testador se hallase en la imposibilidad de reformar sus disposiciones con arreglo á ellas. Muy dura cosa sería en efecto, que requeridas las nuevas solemnidades en momentos de hallarse el testador en una enagenacion mental, ó acaso continuando un viaje emprendido cuando regian otras leyes, dejase de respetarse la voluntad que manifestó del modo entonces legítimo. Son muy obvias las razones en que puede fundarse esta diferencia, y de ningún modo aplicables á los testadores que se encuentren en distinto caso. Creemos por consiguiente que los testamentos, á diferencia de los contratos, no deben ser juzgados por las reglas establecidas al tiempo de su formacion, sino por las que gobiernen á la muerte del testador; salvo el caso de no haber llegado estas á su conocimiento, de modo que pudiese ajustarse á ellas.

Réstanos solo hablar de las leyes penales. Ellas pueden ser ó mas severas ó mas benignas que las vigentes en el momento de cometerse el delito. En el primer caso sería injusto darles efecto retroactivo: en el segundo es indudable que el legislador ha contemplado suficientemente satisfecha la vindicta pública con el castigo menos cruel; y se faltaría á la primera de las razones que justifican toda pena, si se aplicase la mas severa, cuando ya se reconoce innecesaria. Estender este raciocinio hasta suponer modificadas todas las condenaciones anteriormente impuestas y empezadas á ejecutar; no dejaría de ser una consecuencia tal vez exacta. Dudaríamos no obstante adoptarla sin restriccion; y creemos que en la práctica ningún tribunal se creería autorizado para admitirla sin consultar previamente al legislador. Pendiente la causa en cualquiera de sus instancias, es cuando sin disputa se aplicaría la regla que dejamos ya indicada. Y ella debe servirnos para concluir este artículo con una observacion que no ha de olvidarse en cualquier caso de duda. El efecto retroactivo de las leyes es en general inicuo y absurdo, siempre que conduce á perjudicar un derecho adquirido ó á empeorar la condicion de una persona: es al contrario laudable y propio de la justicia, cuando cede en beneficio de una clase ó de un particular, sin ofensa agena.—*Pa DE Aa*



SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION CUARTA.

DE LO BELLO.

Es el objeto del buen gusto y la principal ocupacion del crítico. Consiste en una sensacion que algunos han tratado de definir sin considerar que para lograrlo era preciso penetrar el caos de nuestras afecciones. Aunque este sentimiento no se esplique, la observacion juzga su existencia: así como la mayor parte de nuestras emociones, la sensacion de lo bello no puede traducirse, porque no se hallan en la naturaleza objetos iguales que sirvan de comparacion; ni puede describirse porque los hechos palpables carecen tambien de atributos sensibles que puedan corresponder á su descripcion. Debemos nombrarlos é indicar su importancia, seguros de que solo nos entenderán los que hallan experimentado estas sensaciones.

Admitimos tres clases de bellezas: las que nos presenta el universo y se llaman naturales; las hijas del ingenio que pertenecen á las artes y se dicen de invencion; y las que solo tienen el entendimiento ó las pasiones del hombre, conocidas por morales.—La belleza natural se vé en las cosas mas encontradas.

Ya consiste en el color si junto con la suavidad de sentirle descubrimos sus relaciones con otros objetos, como el azul del cielo, el verde de las campiñas; ya en la figura, como la de algunos árboles, la de algunas frutas, la de las selvas, la de la bóveda celeste; ya en el movimiento, como el volar de las aves, el blando curso de un arroyo, el levantar y trasponer del sol, siendo mas bellos los que se hacen en línea ondulante ó línea curva, pues parece que en ella está la gracia vinculada: por eso nos encantan los movimientos trágicos, los del baile, los de elevarse el fuego, el dilatarse el humo, el correr de los astros. Si el color, la figura y el movimiento se reúnen en uno, como en ciertas aves, el resultado es mas hermoso: si en un valle, como el sin igual del Yumuri, en Matanzas, donde todo se ha reunido para encantar á los cubanos; qué sensacion tan grande de placer se experimenta! Quien no haya gozado de su vista, desde el sitio de la Cumbre, no comprenderá á cuanto llega su hermosura. Hay otros objetos de belleza mas complicada como la fisonomía de algunos animales, la frente altiva y marcha decorosa del rey de las fieras; la dulzura y encanto de las facciones de una hermosa; la intrepidez y continente varonil de ciertos hombres. El ruido en fin tambien es bello, como el murmullo de las aguas, el canto melodioso del ruiseñor, el dulce y penetrante del sinsonte, el susurrar del bosque, y la voz humana en muchos casos.

La belleza de las artes consiste á veces en el artificio por medio del cual distintas cosas llevan á un fin, como las piezas de una máquina; ó bien en su figura, campo vastísimo, que ya estriba en la variedad bien ordenada, ya en la semejanza de las partes, ya en su intrincada construccion. Son bellas varias cosas inventadas con las miras de comodidad y de embeleso: los edificios de proporcionadas columnas, puertas y arcos; las pirámides, galerías y glorietas; el acorde concierto de la música, el colorido de un cuadro, las perspectivas, estatuas y obeliscos; en fin la imitacion, fuente inagotable por la cual se hacen bellas las cosas mas deformes; siendo de notar que basta á veces para conseguirlo la sola idea de una gran dificultad vencida.

En la clase de bellezas morales se colocan las virtudes y las acciones engendradas por la religion y el patriotismo. Tambien se incluyen la grandeza y la elegancia de los conceptos, el estilo melodioso que brilla en varios autores como Cervantes, Virgilio y Masillon, la gracia, la agudeza, la sal cómica y satí-

rica con que algunos ridiculizan los vicios, aquella facilidad de imitar y describir que son tan diferentes aunque entrambas tienden á recordar objetos que no vemos; los problemas atractivos de la geometría y los grandes resultados del cálculo filosófico.

Segun las sensaciones que produce y las ideas que despierta, así se dividen los grados de lo bello: están á la cabeza los objetos que nos descubren mas relaciones y son generalmente conocidos y sentidos, como la rosa entre las flores: otros son, comparativamente, bellos en segundo grado, como el clavel y algunos menos, como la malva rosa y la violeta. Lo mismo sucede en lo moral; cuántas palabras, cuántas acciones bellas y grandiosas nos parecen mas divinas cuanto mas las estudiamos!

Se equivocan los que creen que la belleza no se halla sino en los objetos grandes: dígalo el lucero de la mañana. Ni se debe precisamente á la simetría, ni al órden, puesto que lo es la pintura de las tempestades y la vista de una ciudad en lontananza. Helvecio y Addison colocan á la novedad en la clase de las bellezas; pero á nuestro entender solo es uno de sus mas fuertes incentivos.

Ellos, lo mismo que Marmontell y Diderot, se han formado un sistema al cual acomodan los hechos en lugar de reunirlos y analizarlos. Marmontell cree que consiste lo bello en la fuerza, la riqueza ó la inteligencia: hay niños, mujeres, pájaros, insectos bellísimos que carecen de las tres calidades: los hay que las reunen y son feos: otros objetos que las poseen, sublimes; de manera que es inexacta su explicacion. El retrato que nos da de la mujer bella, puede convenir á la que no siéndolo abunde en artes para hechizar el corazon de su marido. En cambio, aquellos atributos sirven á la belleza de invencion, pues los dos primeros se la dan á un edificio; y la inteligencia de un orador, de un vate, forma á veces lo bello intelectual.

Como á punto fijo ni el paladar ni el olfato nos descubren la relacion de las partes, su órden, simetría, proporcion y enlace, en nada sirven directamente á lo bello á pesar de tener sus sensaciones, novedad, contraste y sorpresa. No así el sentido del tacto aunque Marmontell lo dude, parece no calculó que el ciego juzga bien con su auxilio de la forma de las cosas, de su hermosura y de sus defectos, porque si la belleza á veces consiste en la proporcion bien ordenada, ¿qué razon hay para que el tacto la desconozca sin la vista?

Hay bellezas que todo el mundo percibe, y la naturaleza produce sin esfuerzo en todos los siglos y naciones. Las hay que no afectan sino á las almas sensibles, que requieren mas sagacidad en los artistas y mas delicadeza en el gusto, por lo cual se hallan en razon directa de la civilizacion de los pueblos.

Lo útil no es la única fuente de la belleza, como dice el autor del *Ensayo* sobre el mérito y la virtud, es preciso le unan lo agradable. Una choza, una azada son muy útiles á nuestra conservacion y resguardo, y no son bellas. Y no se quiera como Diderot que halla belleza sin utilidad moral ni física, pues necesariamente ha de deleitar el alma y complacer los sentidos. Si lo bello nos interesa, si el interés no puede existir sin la utilidad, y si cuanto ejecuta el hombre se reduce á dilatar el placer y huir del dolor, nada mas útil que lo que agrada, nada mas perjudicial que lo que incomoda. ¿En qué tiempo no han necesitado los humanos del placer para la vida?

Las fuentes de lo bello están en nuestra naturaleza, en nuestro modo de sentir, y creemos con Montesquieu que lo mismo sucede á las de lo bueno, lo agradable, lo sencillo, lo delicado, lo tierno lo gracioso; aquel no se qué de las cosas, lo noble, lo grande, lo sublime, &c., y buscar sus razones es entrar en la metafísica de los placeres de nuestra alma. Dentro de nosotros mismos es donde hallamos las reglas fijas y generales del buen gusto, que no son sino un corto número de observaciones incontestables sobre nuestro modo de sentir. No se puede negar á Platon ni á S. Agustín que hay cosas que nos producen con su aspecto la sensacion de la belleza; mas decir que son bellas en sí mismas, nos parece que valdría tanto como si dijéramos: los cuerpos son blandos, las campiñas alegres, la música jovial, y creyéramos era este el sentido propio, no el figurado, tomando por sinécdoque el efecto por la causa. El hábito, el cansancio, la vista de cosas mas perfectas, cambian nuestros gustos, y lo que era ayer primoroso hoy nos fastidia.

El sentimiento de lo bello, ni siquiera corresponde á nuestras facultades receptivas, es decir á las que nos dan á conocer el mundo exterior: corresponde á las emociones, es una necesidad de nuestra alma, un sentimiento elevado, poético, hijo de la tendencia á la perfeccion, que no puede existir ni en el mundo, ni en la generalidad de los entes animados, sino en el hombre, y esto en determinadas circunstancias, ¿cómo pues existiría lo bello sin nosotros?

CRITICA.

Historia de la Revolucion de Francia. por M. A. THIERS, de la Academia francesa, Ministro y Diputado. Traducida de la cuarta edicion, por D. José Mor de Fuentes, impresa en Barcelona en seis tomos en 4.º Año de 1836.

J'ai consacré dix années de ma vie à écrire l'histoire de notre immense révolution; je l'ai écrite sans haine, sans passion, avec un vif amour pour la grandeur de mon pays. — THIERS.

Estas palabras, pronunciadas por el ilustre autor de la obra cuya traduccion nos proponemos examinar, en una ocasion memorable, cual fué la de su recepcion como miembro de la Academia francesa el dia 13 de diciembre de 1834, al paso que nos recuerdan el celo y diligencia con que la compuso, expresan con suma precision una parte de las admirables dotes que la caracterizan. La fidelidad mas escrupulosa, la mas rígida imparcialidad y el patriotismo mas puro respiran en cada una de las páginas de este libro inmortal, escrito ademas con tanta elegancia y rotundidad, que nos parece tener entre las manos una de las mas bellas concepciones de Bossuet ó Fenelon, y percibimos que la Academia no escedió los estrechos límites de la justicia al admitir al autor en su seno; y con tanta elevacion y profundidad de ideas, que no podemos desconocer al filósofo del siglo XIX, que ha sido testigo de terribles acontecimientos, y ha meditado hondamente sobre las causas que producen el engrandecimiento y la ruina de los imperios, encontrando no menos justificacion en la conducta de sus conciudadanos y del gobierno de su país, que confirieron á un hombre tan capaz y digno de confianza los graves cargos de diputado y de ministro de estado, que ha ejercido con tino y sabiduría en una época como la actual, y en una nacion como la Francia en que es tan difícil sobresalir en ningun género.

La historia de la revolucion francesa de Mr. Thiers, comprende el período de diez años que transcurrió desde la abertura de los Estados generales, el día 5 de mayo de 1789 hasta el establecimiento del gobierno consular por consecuencia de la famosa jornada del 18 brumario verificada en los días 9 y 10 de noviembre de 1799, período para siempre famoso, tanto por la grandeza de los sucesos que en aquel breve espacio acontecieron, como por haber sido el origen de un nuevo derecho de gentes en Europa, y de las grandes innovaciones sociales, políticas y morales que presenciarnos. “¿Qué magnificencia, dice en otro lugar el mismo Thiers, en los tiempos, en las cosas y en los hombres, desde aquel celebrado año de 1789, hasta este otro no menos digno de eterno renombre de 1830! La antigua sociedad francesa del siglo XVIII, tan culta como mal organizada, pereció en medio de una espantosa tempestad: una corona se derrocó con estruendo, arrastrando la cabeza augusta que la ceñía; é inmediatamente y sin el menor intervalo, caen las cabezas mas preciosas y las mas ilustres.... El genio, el heroísmo, la juventud.... todo sucumbe bajo el furor de las facciones, que se irritan contra todo lo que tiene valor entre los hombres. Los partidos se siguen, se empujan hacia el cadalso hasta el término que Dios ha señalado á las pasiones humanas; y de en medio de este caos sangriento surge repentinamente un genio extraordinario, que se apodera de esta sociedad agitada, la detiene en su impetuosa carrera, la dota á un mismo tiempo con el orden y la gloria, realiza la mas verdadera de sus necesidades, la igualdad civil, le rehusa la libertad que le habria servido de estorbo, y corre á esparcir por todo el mundo las grandes verdades de la revolucion francesa. Su bandera tricolor brilla un dia sobre las cumbres del Tabor, otro sobre las aguas del Tajo, y el último á orillas del Boristenes; sucumbe en fin, dejando el mundo lleno de sus obras y grabada profundamente su imágen en la memoria de sus contemporáneos; y el mas activo de los mortales va á morir, á morir de inacción en una isla del grande oceano.

“Despues de tantos y tan magníficos acontecimientos, parece que el mundo fatigado debería descansar; pero no.... el mundo marcha, y marcha todavía. Una antigua dinastía, preocupada por quiméricos recuerdos, lucha contra la Francia y provoca nuevas tempestades: otro solio se desploma; las imaginaciones se conmueven, mil ideas horribles se presentan á lo

lejos, cuando de repente este destino misterioso que conduce á nuestra patria al traves de los escollos de cuarenta años á esta parte, busca, encuentra, y eleva al poder supremo un príncipe que ha sido á la vez espectador y actor en aquellas luchas y las ha conservado en su memoria; un príncipe que fué soldado, proscrito, y maestro. El destino le coloca en este trono rodeado de tantas tormentas, y al momento renace la calma, la esperanza vuelve á entrar en los corazones, y principia la era de la verdadera libertad.

“He aquí en compendio los grandes sucesos que hemos presenciado.... Cuando en nuestra infancia nos instruian en los anales del mundo, nos hablaban de las tempestades del antiguo foro, de las proscripciones de Sila, y de la muerte trágica de Ciceron; de los infortunios de los reyes, de las desgracias de Carlos I, de la obstinacion de Jacobo II, y de la prudencia de Guillermo III; del genio de los grandes conquistadores, de Alejandro, de César, de su gloria y su poder; y nosotros habríamos deseado ver y conocer aquellos hombres famosos é inmortales.

“Pues bien, nosotros hemos visto, tocado y apreciado en realidad estas cosas y estos hombres: hemos visto un foro tan ensangrentado como el de Roma; las cabezas de los oradores han sido ante nuestros ojos conducidas á la tribuna de las arengas; hemos conocido reyes mas desgraciados que Carlos I, mas obcecados que Jacobo II; y somos diariamente testigos de la prudencia de Guillermo, habiendo presenciado las hazañas y el fin trágico de César.”

Por este pasaje del discurso á que hicimos alusion mas arriba, aunque necesariamente debilitado por la traduccion, puede el lector venir en conocimiento del estilo y fraseología de Mr. Thiers, cuya historia á pesar de contener mas de 4200 páginas en 8.º frances, sin contar con la multitud de notas y piezas justificativas que la adornan y autorizan, está toda escrita con igual gusto, elegancia y energía. Elocuente y grandioso en los lugares que lo requieren, claro y perspicuo en la esposicion de las medidas fiscales á que se vieron forzados á recurrir los gobiernos que por aquellos dias se sucedieron en Francia, es siempre nuevo, siempre instructivo y siempre interesante. Otros muchos le habian precedido en la difícil tarea de escribir la historia de la revolucion francesa; pero estos ensayos diminutos y mezquinos, en los cuales se reflejan las preo-

cupaciones de la época en que vieron la luz, ó las pasiones de que estaban agitados sus autores al componerlos, se eclipsaron y fueron condenados al olvido en el día en que Mr. Thiers presentó su magnífica obra. Dominados sus predecesores por sistemas particulares, unos buscaron las causas de la revolución y de sus desastrosos efectos en la corrupción de los cortesanos y la debilidad del monarca, otros en la odiosidad de los privilegios feudales ó en el desarreglo de las rentas de la corona; quienes en la ambición desnaturalizada del duque de Orleans, y quienes en las intrigas extranjeras, y especialmente en las del gobierno inglés. Los primeros escritores, sometidos todavía á la influencia popular, y deseosos de escusar los horribles atentados de los años de 1793 y 1794, imputaron crímenes imaginarios á la familia real, á la nobleza y á la porción escogida de la clase media que permaneció fiel á una causa desgraciada y á una religion ultrajada y perseguida; mientras que los de una época posterior, ya por satisfacer antiguos resentimientos, ya por grangearse el favor de una corte *que nada habia aprendido ni olvidado en el destierro y la proscripción*, pintaron como demonios encarnados á los convencionales, y sobre todo á los miembros de la junta de salud pública, y desfigurando los sucesos de los años de 1795 y 1796, y la parte que habian tomado en los anteriores, presentaron á los realistas como víctimas inocentes, sacrificadas por la rabia de sus implacables perseguidores. De aquí la ocultación maliciosa y las interpretaciones forzadas de los hechos en todos los libros de que vamos hablando, monumentos de escándalo y mentira mas bien que compilaciones históricas; y de aquí tambien el olvido y el desprecio en que justamente cayeron, apenas apareció un historiador digno de este nombre.

Sin odio á ninguno de los partidos que sucesivamente fueron cayendo y levantándose durante aquella tempestuosa década, sin prevención de ninguna especie, Mr. Thiers refiere los sucesos del modo que realmente pasaron, registra las opiniones, los discursos y los actos de los gefes y de los gobiernos, y da cuenta de las circunstancias accesorias que concurrían á aumentar ó disminuir sus efectos y á caracterizar las diversas épocas de la revolución, dejando al lector el cuidado de sacar las inducciones que le sugiera su buen ó mal juicio, y de apreciar los hombres y las cosas con arreglo á lo que resulta de una narración fiel y completa y á las ideas que de unos y otros haya ad-

quirido de antemano. Pero como á toda prisa van desapareciendo, á impulso de las operaciones naturales del tiempo, las personas interesadas en ocultar la verdad, y nuevas é inesperadas revelaciones acuden de dia en dia á confirmar la exactitud de su historia, esta adquiere cada vez mas crédito, y las causas y los efectos de la revolucion francesa, lejos de ser una mina inagotable de envenenadas controversias, empiezan á ser consideradas como una leccion grandiosa y terrible para las generaciones futuras.

Una prueba de lo que dejamos dicho acerca de la mutilacion y supresion voluntaria de los hechos por los primeros historiadores de la revolucion, es que al leer la obra de Mr. Thiers desaparecen las incongruencias y contradicciones inesplicables que notábamos entre la conducta de los personajes principales y las intenciones que se les atribuían; y lejos de encontrar nada absurdo ó forzado, percibimos claramente que no podían dejar de suceder las cosas que refiere y en el mismo orden en que las refiere. Sus predecesores han sido unos meros novelistas mas ó menos afortunados en la eleccion de los incidentes y en el tegido de la trama: él es el verdadero historiador.

Los que en épocas recientes han tratado del origen y progresos de la literatura, se han admirado con razon de la escasez de historiadores de los tiempos modernos comparada con la abundancia y relevantes cualidades de los que florecieron en los siglos de oro de Grecia y Roma. No es que hayan faltado en las naciones occidentales de Europa analistas y compiladores, gracias á Dios los hay de sobra; pero entre ellos no se encuentran nombres que puedan competir con los de Herodoto, Tucídides, Xenofonte, Plutarco, Tácito, Tito Livio, Salustio y otros no menos esclarecidos. Róbertson en Inglaterra es entre los modernos el que mas se acerca á estos grandes modelos: nuestro Mariana sostiene con honor este ramo de la literatura nacional; pero uno y otro quedan muy lejos de la altura á que llegaron los griegos y los latinos. Varios sistemas, en nuestro entender mas ingeniosos que sólidos, se han imaginado para esplicar esta deficiencia, fundándola, ya en el carácter prolijo y minucioso de las lenguas modernas, tan diferentes de la grandilocuencia y magestad que distingue á las de Grecia y Roma, ya en la multitud y complicacion de los hechos que ocupan y embarazan á nuestros historiadores, imposibilitados así de trazar sus cuadros con la nobleza y simplicidad con que lo hacian

los antiguos. Sin desconocer el influjo de estas causas, séanos permitido añadir que no hay dificultad que un escritor hábil no pueda superar; y el ejemplo de Mr. Thiers, que en la obra de que hablamos ha conciliado felizmente la elegancia de Tucídides con la profundidad de Tácito, confirma plenamente la opinion que sostenemos.

Un historiador de tan sobresalientes prendas requería un traductor que hasta cierto punto se le asemejase; pero el hombre que en España fuese capaz de traducir á Mr. Thiers, no se ocuparía en traducirle. Abundante cosecha presentan al historiador español los sucesos de su patria para hacerle desdeñar los que pasan en otra parte. Mas ya que esto fuese exigir demasiado, debería por lo menos haberse buscado un traductor que entendiese perfectamente ambas lenguas, que poseyese alguna mas instruccion de la que por lo comun se encuentra en un simple intérprete, y estuviese dotado de gusto y sensibilidad para presentar en castellano, no tanto la letra muerta, cuanto el espíritu que anima y vivifica aquella admirable composicion; en fin, debería habersele dado si no los diez años que tardó el autor en escribirla y perfeccionarla, á lo menos el tiempo suficiente para que su trabajo no se resintiese de la precipitacion. Es decir, que la traduccion castellana de la obra de Mr. Thiers no debería haber sido el resultado de una miserable y vergonzosa especulacion mercantil, sino el producto de las vigilias de algun literato pundonoroso y que desease salir con lucimiento de tan difícil empresa. Veamos si en efecto el que la tomó á su cargo ha correspondido á tan justas pretensiones.

D. José Mor de Fuentes goza hace mas de 30 años de cierta reputacion literaria, y así auguramos felizmente cuando vimos estampado su nombre al frente de la que forma el objeto de este artículo, porque era regular suponer que en una empresa tan fácil como la de una *mediana* version, procuraría no comprometer su crédito; y que ya que no *tradujese* á Thiers, al menos no le desfiguraría con un lenguaje bárbaro, plagado de galicismos intolerables. Así empieza el autor:

“Je me propose d’écrire l’histoire d’une révolution mémorable, qui a profondément agité les hommes, et qui les divise encore aujourd’hui. Je ne me dissimule par les difficultés de l’entreprise, car des passions que l’on croyait étouffées sous l’influence du despotisme militaire, viennent de se réveiller. Tout-à-coup des hommes accablés d’ans et de travaux ont sen-

ti renaître en eux des ressentiments qui paraissaient apaisés, et nous les ont communiqués, à nous, leurs fils et leurs héritiers. Mais si nous avons à soutenir la même cause, nous n'avons pas à défendre leur conduite, et nous pouvons séparer la liberté de ceux qui l'ont bien ou mal servie, tandis que nous avons l'avantage d'avoir entendu et observé ces vieillards, qui, tout pleins encore de leurs souvenirs, tout agités de leurs impressions, nous révèlent l'esprit et le caractère des partis, et nous apprennent à les comprendre. Peut-être le moment où les acteurs vont expirer est-il le plus propre à écrire l'histoire: on peut recueillir leur témoignage sans partager toutes leurs passions.

“Quoi qu'il en soit, j'ai tâché d'apaiser en moi tout sentiment de haine; je me suis tour à tour figuré que, né sous le chaume, animé d'une juste ambition, je voulais acquérir ce que l'orgueil des hautes classes m'avait injustement refusé; ou bien, qu'élevé dans les palais, héritier d'antiques privilèges, il m'était douloureux de renoncer à une possession que je prenais pour une propriété légitime. Dès lors je n'ai pu m'irriter; j'ai plaint les combattants, et je me suis dédommagé en adorant les âmes généreuses.”

Este pasage, escrito en el verdadero gusto de los historiadores antiguos, y que nos recuerda la fácil abundancia de Tito Livio, se puede traducir, aunque con mucha desventaja, del modo siguiente:

“Me propongo escribir la historia de una revolucion memorable, que ha conmovido profundamente los hombres y que aun los conserva enemistados. Bien conozco las dificultades de esta empresa, porque las pasiones sufocadas al parecer por el influjo del despotismo militar, se sublevan de nuevo; y algunos hombres agoviados por los años y los trabajos abrigan en sus corazones resentimientos que creíamos apaciguados, y nos los han comunicado á nosotros, sus hijos y herederos. Mas aunque empeñados en sostener la misma causa, no tenemos obligacion de defender su conducta, y podemos separar la libertad de sus buenos ó malos servidores, conservando la ventaja de haber visto y tratado á estos ancianos, que llenos todavía del recuerdo de los tiempos pasados y agitados de sus impresiones, nos revelan el espíritu y el carácter de los partidos, y nos franquean la clave para comprenderlos. Quizá el momento en que van á desaparecer los actores es el mas propio para escribir la historia, pudiendo así recoger sus palabras sin participar de todas sus pasiones.

“Mas sea de esto lo que fuere, yo he procurado alejar de mí toda animosidad, y figurándome alternativamente nacido en una cabaña, animado de una justa ambicion y deseo de adquirir lo que el orgullo de los nobles me rehusaba con injusticia; ó bien que educado en los palacios y heredero de antiguos privilegios, no podía renunciar sin dolor á una posesion que calificaba de propiedad legítima, no me ha sido posible irritarme contra los combatientes, he compadecido sus extravíos, y he adorado en cambio á las almas generosas.”

La traduccion del Sr. Mor de Fuentes corre en estos términos:

“Voy á historiar una revolucion memorable que estremeció íntimamente los ánimos y los tiene todavía desavenidos. Hecho cargo de lo arduo de mi empeño, estoy viendo descollar nuevamente pasiones tan solo adormecidas bajo el despotismo militar, y aun entes exánimes con la edad y los afanes se han disparado con enconos mal aplacados, y nos los han ido trasladando, como á sus hijos y herederos. Pero si abogamos por el idéntico sistema, no hay para que sincerar sus procedimientos, y bien acertaremos á despejar la libertad del arrimo de sus torpes ó atinados servidores, con la franquicia de estar escuchando á los ancianos, que, rebosando todavía de recuerdos y arranques, nos patentizan el sesgo y la stampa de los partidos para calar sus interioridades. Quizás el trance de su desvío es el mas adecuado para rasguear la historia, acudiendo á su testimonio y desentendiéndonos de sus afectos.

“Como quiera, he refrenado con ahinco todo impulso rencoroso, conceptuándome, ora nativo de una choza, empapado en mi honrada ambicion para grangearme cuanto la altanería de los magnates me defraudaba injustamente; ora soñándome alumno de alcázares solariegos y escelsas prerogativas, se me hacía dolorosísimo el desprendimiento de mis haberes legítimos. En este vaiven, condolíme de los luchadores, y me empapé en mi idolatría de las almas esclarecidas.”

Este trozo adolece de todos los defectos imaginables, siendo el principal de ellos que no está escrito en castellano, sino en una especie de *lengua franca* muy de moda en el dia entre ciertos oradores y periodistas, mas llenos de presuncion que de sabiduría y juicio. Innovadores desmañados en política, en literatura, en poesía, y aun en idioma, no perciben que á vueltas de los elogios con que los saluda una juventud inesperta, la

posteridad les prepara el olvido mas profundo, ó lo que sería peor, la vergüenza y confusion que tan merecida tienen. ¿Quién se acuerda ya del número casi increíble de folletistas y arengadores demagogos que abortó la revolucion francesa, y fueron un tiempo el ídolo de la estúpida muchedumbre? Solamente los grandes nombres de Mirabeau, Dantón, Robespierre, y acaso otra media docena, surgen de la oscuridad á favor de sus enormes crímenes, y se ofrecen á la imaginacion aterrorizada como espectros sangrientos armados del hacha homicida, que si pudo segar las cabezas mas ilustres, fué impotente para reducir á la incredulidad y la barbarie una nacion cristiana y civilizada.

Compónese la nueva lengua franca de palabras obsoletas, eshumadas de los antiguos romanceros, de locuciones estrangeras infelizmente traídas á nuestro suelo, y sobre todo de voces del diccionario comun y usual, apartadas con violencia de su propia y natural significacion para hacerles tomar otra muy diversa. *Historiar una revolucion* es un neologismo inútil; y *rasguear la historia*, un despropósito, cuando solo *rasguean* los pendolistas y los tañedores de vihuela. Con igual severidad deben censurarse las espresiones: *dispararse con enconos mal aplacados*, que es un verdadero disparatorio de necesidades; *trasladar* estos enconos, en lugar de transmitirlos ó comunicarlos; *rebotar de recuerdos y arranques*; *patentizar el sesgo y la estampa de los partidos para calar sus interioridades*; *el trance de su desvío*, que es una quisicosa que no adivinaría el mismo Edipo; y un *vaiven* que viene tan á cuento como si espresamente se hubiese inventado para echar á perder el pasaje en que se encuentra.

En todas estas frases, las palabras son castellanas; pero arrancadas de su significacion usual, y empleadas en otra inusitada y peregrina. El sentido general y las ideas mas salientes del original se divisan en la traduccion á la manera que en el revés de un tapiz se perciben las mismas figuras que en su cara anterior, aunque cubiertas de hilachas y mal definidas en su contorno. El traductor hace siempre decir al autor mas ó menos de lo que realmente dice. Mr. Thiers, por ejemplo, no habla de *entes exánimes con la edad y los afanes*, ni de *estar viendo descollar pasiones adormecidas bajo el despotismo militar*; sino de algunos hombres agoviados por la edad y los trabajos, y de pasiones *que se creían* sufocadas por la *influencia* del despotismo militar, y que se sublevaran de nuevo. Tam-

poco dice que gozamos la *franquicia* de escuchar á estos ancianos rencorosos, que con un pié en el sepulcro conservan aun todo el fanatismo político de la era republicana; sino que tenemos la ventaja de poder recoger sus curiosas revelaciones sin participar de las pasiones bastardas que los agitan. Ni le pasa por el pensamiento *soñarse alumno de alcázares solariegos y escelsas prerogativas*, guardándose muy bien de calificar á estas últimas de *haberes legítimos*, como supone su traductor. Lo único que dice es, que comprende muy bien el sentimiento que debió causar á los nobles el verse despojados de una posesion que *calificaban* de propiedad legítima.

Traducciones de esta especie, en que tan bárbaramente se desfiguran los mas bellos originales, no solo esparcen el error y la mentira, en lugar de una sólida y verdadera instruccion, entre los que las leen, plagándolos de camino de sus estravagantes locuciones, y contribuyendo así á difundir el mal gusto y pervertir la lengua de nuestros padres, sino que ademas roban á los autores la justa reputacion á que tienen derecho por premio de sus gloriosas fatigas. El que solo conozca á Mr. Thiers por esta engañosa traduccion, le tomará por un hablador inconsecuente é insoportable; y se maravillará de que una nacion culta como la francesa le tenga por el primero de sus historiadores, y de que una obra semejante le haya abierto las puertas de la Academia y la senda de los honores y distinciones que tan merecidamente disfruta. Pero esta es la suerte comun á todos los libros de mérito, y muchas veces hemos arrojado con indignacion las miserables rapsodias que nos venden como traducciones de Walter Scott, Cooper, Washington-Irving, Scribe, Dumas y Víctor-Hugo.

Habiendo analizado, como lo hemos hecho, el preámbulo de la obra, es inútil prolongar esta fastidiosa tarea, y repetir la misma operacion en otros párrafos. Baste decir que el traductor continúa desbarrando en iguales términos desde el principio hasta el fin, y que la traduccion comprende seis volúmenes en cuarto de unas 400 páginas, y letra bastante apretada.

Mas sin embargo, temerosos de que se diga que despues de haber ofrecido examinar esta version, abandonamos la empresa apenas empezada, presentaremos todavía á los lectores un extracto de la conclusion, porque aunque digna de lo que precede, es demasiado larga para insertarla íntegra. Omitiremos

para abreviar el original, y compararemos nuestra traducción con la del Sr. Mor de Fuentes.

“Tal fué la revolución de 18 brumario, tan diversamente juzgada por los hombres, considerada por unos como un atentado que anegó el ensayo de nuestra libertad, por otros como un acto necesario de vigor que puso fin á la anarquía. Lo que puede añadirse, es que la revolución, después de haber recorrido todas sus fases, monárquica, republicana y democrática, tomaba por último el carácter militar, porque en medio de la perpétua lucha que sostenía contra la Europa era indispensable que se constituyese de una manera sólida y fuerte.... Bonaparte no vino á continuar la libertad, porque aun no había llegado la época de esta, sino á continuar la revolución general bajo las formas monárquicas, colocándose sobre un trono á pesar de su humilde estirpe, atrayendo el pontífice á París para ungir una frente plebeya, creando una nobleza popular, y forzando á las antiguas familias á emparentar con ella.... mezclando en fin, todos los pueblos, esparciendo las leyes francesas por Alemania, Italia y España, desmintiendo tantos prestigios, conmoviendo y confundiendo tantas cosas. Tal era la obra que debía ejecutar, y mientras se realizaba, la nueva sociedad adquiría consistencia al abrigo de su espada, y la libertad vendría después. Es verdad que aun no ha venido; pero vendrá: yo he descrito la primera crisis que ha preparado sus elementos en Europa; lo he hecho sin acrimonia, compadeciendo los errores, reverenciando la virtud, admirando la magnanimidad, procurando desentrañar los profundos designios de la Providencia en estos grandes acontecimientos, y respetándolos cuando he creído haberlos penetrado.”

Lo que el insinuado traductor espresa en el idioma peculiar á su escuela en los siguientes términos:

“Esta fué la revolución del 18 de nublado, conceptuada con tanta variedad por las gentes; mirada por unos como anegadora de nuestro *ensayillo* de libertad; por otros como un *arroyo* indispensable que *atajaba* la anarquía. Lo que cabe afirmar, es que la revolución, después de *asomar* bajo todas las *estampas*, monárquica, republicana y democrática, tomaba por fin el *rumbo* militar, por cuanto, en el *vaiven* de su lid perpétua con Europa, tenía que constituirse robusta é inconstablemente.... No venia á *eslabonar* la libertad, que no tenía aun cabida; sino que estaba continuando en el mundo la revolución

bajo los atributos monárquicos, entronizándose *el plebeyillo*; trayendo al sumo Pontífice á París para derramar el oleo saceroso sobre su sien humilde; *planteando* una aristocracia plebeya, y emparentándola con la antigua.... *revolviendo* confusamente todos los pueblos; derramando las leyes francesas por España, Italia y Alemania; *aventando* tantos prestigios; conmoviendo y confundiendo tantísimos objetos. Esta era la *recóndita carrera* que debia desempeñar; y entre tanto la nueva sociedad debia irse *hermanando* y *construyendo* al resguardo de su acero; y debia llegar algun dia la libertad. No ha venido, pero vendrá. He descrito la crisis *que la encabeza con todos sus elementos* para Europa; he procedido sin encono, lastimándome del desacierto, acatando la virtud, *encareciendo* la magnanimidad, y procurando desentrañar los recónditos *móviles* de la Providencia en tan grandiosos acontecimientos, y venerándolos *al columbrarlos*.”

Por este pasaje y por el que anteriormente hemos citado, reconocerán los lectores sin dificultad, que la historia de Mr. Thiers carece hasta ahora de un traductor español; y las reflexiones que hicimos mas arriba, nos convencen de que por desgracia pasará mucho tiempo antes de que se encuentre uno digno de semejante nombre.

ADVERTENCIA.

Aunque algunos facultativos inteligentes han estrañado la falta de indicacion de los vientos reinantes en las observaciones meteorológicas, aseguramos á los señores suscriptores, que únicamente el deseo de acertar es el que nos guió al suprimirla por ahora; pues considerando que no basta en esta Isla para la constitucion médica saber el viento que corre, porque son continuas sus vicisitudes, á menos que no se demuestre al mismo tiempo su energía ó velocidad; hemos encargado al extranjero un Anemómetro, y desde el primer número del 2.º tomo, deberán salir completas las observaciones, salvo que lo impida un acontecimiento imprevisto.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

Observaciones generales sobre estos artículos.

Desde que tomamos á nuestro cargo la redacción de esta obra, entró en nuestro plan insertar en ella, como en todas las demás de la época, algunos artículos de costumbres. Pero á diferencia de aquellas y siguiendo otro rumbo, nos propusimos no continuar esta parte de nuestras tareas (cuya duración será mayor ó menor según el acierto y la acogida que merezcan nuestros primeros ensayos) sin que antes prefijásemos, por medio de algunas reflexiones preliminares, cual sea la naturaleza de estos escritos, y el estilo que les es apropiado; porque trazada así la senda que entendemos convenir al género, se huirá de equivocaciones, en que hemos visto incurrir á otros, y que nos prueban cuan distantes están de comprender el verdadero fin de semejantes artículos.

La justa y merecida celebridad que por su medio alcanzaron en Inglaterra Addison y Steele, tan ventajosamente conocidos del mundo sabio como redactores del *Espectador*, *Tutor* y *Hublador*; y la que en nuestros dias adquirieron Jouy y Jay en Francia con sus varios é inimitables ermitaños; y mas cerca de nosotros, y no sin el mismo éxito Larra en su locuaz y picante Figaro, lleno de vivacidad y travesura, y el curioso Parlante en el *Panorama Matritense*, no menos feliz imitador de los primeros; han excitado tanta emulacion entre los escritores de la época, que no hay uno solo, de entre los muchos que hoy compone esta clase numerosisima del estado, que no se empeñe, sea ó no con habilidad, en redactar artículos de costumbres. Tocados del propio espíritu de imitacion nuestros periodistas, émulos de esa gloria, ó seducidos y arrastrados por el noble deseo de alcanzarla, ó el de aspirar á ella, tambien se han lanzado en la misma carrera, que vieron abierta á su ambicion de fama literaria. Justo es su brioso entusiasmo, y lejos de pretender debilitarle en lo mas mínimo, es nuestra intencion acalorarle, procurando hablar primero á su razon, para que bien conocida y apreciada la índole de esta clase de escritos, sea por lo tanto mas difícil estraviarse. Aquellos hombres célebres nos han dejado trillada esa nueva senda, que recorrieron con gloria y en que muchos creen seguirles copiándoles servilmente, y cuando no se prepararon como ellos haciendo un estudio anticipado y detenido sobre el género que emprendian.

Pintar las costumbres reinantes tales como las vemos dominar en cierta época de una nacion, ó pueblo determinado, pero pintarlas al natural presentando en relieve su lado ridículo ó vicioso, para corregir el uno, y precaucionarnos del otro; notar su fealdad como si quisiese alejarnos de ellas; hacer frente firme y guerra abierta á las preocupaciones, que el prestigio de esas propias costumbres favorecen con mengua de la virtud y en daño de la misma moral; y lograr tan importantes fines sin causticidad, sin seño, ni pretencion; sin hacer alarde de la empresa y como si se jugase con ligereza contra los mismos vicios que se desean corregir: tal es el objeto moral y el verdadero término y la útil y provechosa tendencia de estos artículos. En aquella calidad el escritor de costumbres es un escritor de moral, pero no de esa moral árida, abstracta y por decirlo así, científica que solo se ocupa en general, y se fija en descubrir y deslindar cada una de las acciones humanas, subiendo hasta buscar

el resorte que las dirige para apreciarlas en su moralidad respectiva, y dar á todas su legítima filiacion y el verdadero valor que las conviene; sino de aquella otra moral práctica y de aplicacion, que apreciando la importancia real y convencional de las personas y las cosas, les da la estimacion que tienen en sí mismas, y las coloca en el lugar que les corresponde.

Este es el término de sus tareas, seguramente mas circunscrito y restringido que el del moralista especulativo y abstracto, pero no menos vasto y difícil por eso; y si bien el uno exige de quien haya de recorrerle mas profundidad y aun genio, el otro demanda tambien no menos penetracion que sagacidad; un espíritu fino y delicado para ver y observar con tino y verdadero discernimiento, y sobre todo el hábito de tratar y conocer á los hombres en las diferentes circunstancias de la vida, y aquel tacto feliz para apreciarlos que solo nos proporciona el uso del mundo y la escuela instructiva de sus muy frecuentes inconsecuencias y contrariedades. Tantos talentos reunidos no son por cierto muy comunes, y por eso es tambien cortísimo el número de los que se han distinguido en esta carrera: mucho antes de que los espectadores hiciesen popular en Inglaterra la familia Lizard y á Sir Rogerio de Coverley, sacándolos de su rica imaginacion para darles una existencia tan durable como aquella con que inmortalizó Cervantes al héroe de su inimitable composicion; y que Jouy nos familiarizase con sus fantásticos y sesudos ermitaños: en una palabra antes de darnos tan brillantes modelos en obras no menos perfectas y acabadas, ya sus autores se habian formado una gloriosa reputacion y llevaban un nombre, que era ventajosamente conocido en el mundo literario.

No es, pues, el propósito de escribir artículos de costumbres empresa fácil y sencilla, y bueno será advertir á los que acaso lo ignorasen, que bajo aquel tono de ligereza y frivolidad que parece caracterizarles, encierran un fondo de filosofía y sensatez, que si se oculta al comun de lectores, no es con todo un secreto para los que tienen una vista mas perspicaz. No solo debe estudiar y conocer el corazon humano y los diferentes resortes que le mueven, seguir el viento instable y poco seguro de las pasiones; juzgar y apreciar lo que ellas pueden sobre el hombre, y lo poco que este influye sobre aquellas; sino que además de este estudio profundo y general en que tanto se distinguieron innumerables moralistas, que han ensanchado los

límites de la ciencia, es menester que descienda á otro todavía mas especial, aunque no menos arduo y difícil que aquel; es decir, á contemplar al hombre tal cual es, sujeto á las pasiones generales de su especie; pero modificadas y con las diferencias que les prestan en el mundo su encontrado choque y sus distintas colisiones; la accion de la sociedad contra aquellas y de su reaccion contra la sociedad: en una palabra, es menester ver y observar al hombre en cuanto es influido y dominado por el poder de una educacion particular, y la extraordinaria fuerza del ejemplo, de los hábitos, del genero especial de vida que adoptare, y de las seducciones con que les arrastra, en despique á veces de la razon, el interés mas imperioso del estado y de la profesion á que se consagraron.

Sin estos conocimientos anticipados, sin las luces que les ofrezca la moral, el frecuente trato de los hombres y el uso habitual del mundo; en vano será empeñarse en pintar costumbres que no observaron, que tampoco estan en aptitud de delinear y para las cuales su paleta carece de colores. Todo pueblo, las clases que le componen, las profesiones que le dividen, cada individuo en particular tiene las suyas determinadas; y del conjunto de esas costumbres aisladas, suelen formarse por lo comun otras generales que dominan por sobre las demás y vienen á hacerse como características y propias de las naciones á quienes corresponden, sirviendo como de distintivo y señal de sus naturales. Así al inglés se le reconoce por su taciturnidad y humor sombrío; al español se pinta como grave y caballeroso, y el francés lleva la nota, y se le marca por su ligereza y frivolidad; y no por eso todos los ingleses habran de ser necesariamente flemáticos y humoristas, ni todo español grave y puntilloso, ni podrá siempre acusarse con razon al francés de inconstante y fugaz. Pero juzgamos por lo que se observa en general y, prescindiendo de excepciones, aplicamos al todo de una nacion lo que solo puede decirse con rigor del carácter individual del mayor número, ó de la generalidad de sus habitantes.

El escritor de costumbres debe ante todo penetrarse de esos rasgos característicos que forman, por decirlo así, la fisonomía moral del pueblo donde escribe, para trasladarla en sus obras con los diferentes matices de que se compone, á fin de que, señalando su lado ridículo ó vicioso, nos aleje de él sin ser apóstol, ni misántropo. Si solo describiese costumbres generales, y que tanto convienen al tártaro como al europeo ó ame-

ricano, mutilaria su tarea, y en vez de escritor de costumbres, solo sería un moralista, mas ó menos profundo y sagaz. Los hombres se distinguen segun los climas por los grados de su sensibilidad; pero aun se diferencian mucho mas por la estrema diversidad de sus costumbres especiales: y estas son las que debe diseñarnos, no servilmente como copia un retratista el objeto y las formas del modelo que tiene á la vista, sino como lo hace el pintor de historia que toma y reúne su cuadro de diferentes situaciones; que solo imita lo que es capaz de producir efecto, y que sabe añadir á lo que encuentra en la naturaleza lo que le ofrece la imaginacion, para formar así aquel bello conjunto de verdad real é ideal que constituye, y es el término de la perfeccion de las artes liberales.

Escribiendo debe mostrar constantemente en sus obras que se halla animado de los sentimientos de un hombre de bien; pero como ya antes lo hemos dicho, sin ser predicador, ni misántropo. Puede indignarle el vicio, irritarse con el ridículo, entusiasmarse con la virtud: puede en suma apasionarse, mas del modo que lo hace el poeta dramático, á quien se ofrecen contrapuestos caracteres que poner en accion. Si tiene que pintar un padre tirano y cruel; una madre abandonada y coqueta; una hija disipada y viciosa; á una belleza de profesion, ó á un jugador desalmado y ciego, es forzoso que se penetre fuertemente de las ideas y sentimientos, que pertenecen al carácter y á la situacion de estos personajes; y que encuentre en su imaginacion enardecida y rica todos los rasgos que los distingue, y de que necesita valerse para pintarlos. De otro modo no llenará sino muy imperfectamente su objeto, y sus cuadros por defecto de animacion y vida, y por falta de colorido no hablarán á la razon del pueblo, y serán prontamente olvidados.

Esto es lo que observamos en los poquísimos que hasta ahora se han presentado á luz entre nosotros, y en los que nada hemos visto como no sea el buen deseo que asiste á sus autores. No es formar un cuadro de costumbres hablar de las reuniones que concurren á la retreta, ni describirnos el paseo, ó una tertulia particular, si al mismo tiempo no se les da la individualidad que tienen en el país, y se las marca de un modo tan distintivo que no sea posible confundirlas con las de otros pueblos diferentes; y si por desgracia carecen de la animacion y vida que es esencial en esta clase de composiciones. Nosotros tenemos tambien nuestra fisonomía apropiada, y hay en nues-

tra educacion y estructura social, en nuestros hábitos y género de vida algo que nos es propio y característico, que nos distingue de los hombres de otros países, y forma la base de nuestras costumbres generales. Unido al hecho inmaterial y fugaz de la esclavitud, adoptada en nuestra organizacion, el otro mas positivo y real que le es anexo, de la diferencia del color, no es posible calcular á punto fijo cuanto esta circunstancia notable ha influido en modificar el carácter de los habitantes de este suelo, procurándoles hábitos que le son exclusivos.

Nacidos en medio de esa raza que obedece y no discurre, rodeados desde la cuna de los que estan destinados á servir hasta nuestros caprichos, es imposible que dejemos de ser altaneros, imperiosos, dominadores. Compañeros de nuestra infancia, y viviendo en comunion con nosotros, debe suceder necesariamente que nuestros modales íntimos y domésticos, algo hayan de resentirse al fin de la grosería de sus hábitos, ya que no de la bajeza de su condicion. La idea de una cierta nobleza, que se fija al hecho de ser servido, favorece esa inculpacion de indolencia y de pereza con que siempre se nos acusa, y que no es tan real y merecida como algunos lo han creído: de modo que un hábil escritor de costumbres podria sacar de este rico minero un fondo inagotable para pintar nuestros usos domésticos y nuestra vida interior con toda la verdad de la naturaleza; restableciendo nuestra opinion, y rehabilitándonos en el concepto equivocado de los que han podido hasta ahora desestimarnos, si nos presentara tal cual somos con nuestras buenas calidades y defectos.

Abundan entre nosotros los pleitos, y á vista de su inmenso número no faltaria razon al que nos creyese un pueblo causídico y litigioso. ¿Y qué partido no se podria sacar en un cuadro de costumbres de una propension tan decidida? Ella es menester que influya sobre el carácter del país y de las diferentes clases y profesiones que se emplean en este ejercicio. Hasta la calidad de litigante es de sí misma una profesion, que es preciso estudiar para comprender menudamente sus pensamientos íntimos y los secretos de su arte. Llevan una vida especial, y aunque no forman cuerpo separado, se consideran y respetan, ó cuando no, se temen y no aventuran encontrarse. Tienen gustos y un language que les es peculiar, y estudiándolos aparte y con cuidado, es como llegaremos á comprender alguna cosa al fin de la complicada maquinaria de los pleitos:

litigar entre nosotros no es un estado, es mas bien un oficio, si se quiere el embaucamiento de un jugador de manos, cuyo crédito está en razon directa de la lijereza con que ejecute sus manipulaciones. Desde el juez que pronuncia en una causa hasta el último oficial de escribanía, y desde el abogado que dirige el combate, hasta el litigante que le paga, y sobre quien vienen sus consecuencias, entre los testigos y el procurador, hay un encañamiento gerárquico tan gradual y delicado, que se necesita examinarle muy de cerca para acertar á comprenderle, y dar á cada cual su importancia, su lenguaje propio y el verdadero lugar que representan en la encarnizada y sangrienta liza de los pleitos.

Tambien servirá á sus cuadros la pintura del anciano, que aunque cascado y achacoso, y cuando todo le anuncia que se halla entre esta vida y la eterna y á punto de abandonar la primera, lleno todavía de una loca vanidad, planta y construye para un porvenir, que no ha de alcanzar sino en deseo; ó de la rebelde belleza que ve con dolor alejar á sus adoradores, que la evitan ahora con casi tanto ardor como antes ponian en buscarla; y que en medio de eso no advierte la arruga que afea su rostro, la mancha que le descolora, y el cabello de plata que contrasta con la que fué en un tiempo poblada y negra cabellera. Así sacará partido de todo el escritor de costumbres, y á veces poniendo en paralelo lo pasado con el presente, la vida europea con la habanera, los usos extranjeros con los nuestros, podrá darnos útiles lecciones, que sirvan á nuestro provecho y mejoramiento, y que nos conduzcan á la reforma de costumbres deseada, único fin y propósito laudable de sus tareas. Descubriéndonos nuestros vicios, ridículos y debilidades nos apartará de ellos, y haciéndonos amar la sociedad en cuanto en sí vale, nos curará de sus seducciones, para no entregarnos ciegamente á sus encantos: aprenderemos á ser con él reservados en nuestro tono, atentos en nuestros modales, sin ofender los miramientos, con que deben ser tratados los demás; y acostumbándonos á observar las ajenas faltas de carácter, ó las inconsecuencias del amor propio, nos preparará con tiempo á reprimirlas mas seguramente en nosotros mismos.

Esto es lo que á nuestro juicio constituye el fondo de esta clase de composiciones tan generalizadas en el día, mas ahora en cuanto á la forma, ó sea el estilo que les conviene, no creemos que exista alguno que le sea especial: los admite todos

indistintamente y no hay género determinado que pueda reputarse extraño. Alternativamente noble y familiar, elocuente y burlesco, fino y profundo, cáustico y alegre, mudará de tono y de sentimiento segun fuere el personaje ú objeto de que se proponga tratar. Sublime cuando lo pida la situacion, plácido, abundante y tierno si tal es el sentimiento que le anima, armonioso y brillante, ó bien modesto y tímido, debe abrazar todos los tonos y prestarse con una estrema flexibilidad á los caracteres que tiene que pintar. Si hay algun principio fijo para él es el de hacer vivos é interesantes sus cuadros para lograr el efecto que se propone.

El escritor de costumbres no escribe solo por el placer de hacerse leer, sino que tambien ha de tratar de corregir y persuadir; y ya se sabe que la conviccion del ánimo, como la emocion del alma, proviene hasta cierto punto de la espresion que se da á nuestros pensamientos. El estilo es el hombre, y el lenguaje el intérprete del alma; y es en la asociacion de los sentimientos con las palabras, que son sus signos, donde deben buscarse las principales calidades de aquel. Para los escritos de esta clase no hay ninguno característico; pero si algunas calidades le son mas peculiares, son la gracia y la lijereza, sin cuyas dotes ni se hará dueño de nuestra atencion, ni podrá interesarnos, ni llenará ninguno de los objetos de su útil é importante mision. Con estós antecedentes, y con la mayor incertidumbre sobre el éxito, hemos pretendido tambien entrar en la carrera. Sabemos anticipadamente cuanto nos falta para llenar sus condiciones, pero no podemos resistir al deseo que nos anima, y nuestros débiles ensayos ó serán prontamente olvidados, ó merecerán la indulgencia del público, en cuyo favor intentamos consagrarlos.



SECCION CUARTA.

POESIA.

MUERTE DE GESLER.

Soneto.

Sobre un monte de nieve transparente
en el arco la diestra reclinada
por un disco de fuego coronada
muestra Guillermo Tell, la heroica frente.

Yace en la playa el déspota imprudente
con férrea vira al corazon clavada
despidiendo al infierno acelerada,
el alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona, sus sangrientos
miembros bota la tierra al oceano
tórnanle á echar las olas y los vientos;

¡No encuentra humanidad el inhumano!
y hasta los insensibles elementos
lanzan de sí los restos del tirano.

Plácido.

LA AUSENCIA.

Cubre la callada noche
con sus tinieblas la esfera
y domina la ribera
un silencio inspirador.

Tal vez suele interrumpirle
el bramido de los vientos
ó se escuchan los lamentos
de un sensible pescador.

Ni atiende el triste á sus redes
ni las enjuga en la arena,
ni cuida si está serena
ó brama airada la mar.

Nada cuida, que distante
está la beldad que adora
y ¡ sola! su ausencia llora
y así comienza á cantar.

—“Vuelve presto de los campos
dulce hechizo de mi vida,
vuelve á esta playa querida
que no hay dichas sino aquí.

Torna á calmar los pesares
que despedazan mi seno,
mira que el tierno Fileno
no puede vivir sin tí.

¿Qué buscas en esos montes
llenos de zarzas y abrojos
donde jamás ven tus ojos
el hermoso azul del mar?

Si allí contemplas el prado
cubierto de rosas bellas,
aquí verás las estrellas
entre las ondas temblar.

Deja á las ninfas de Alquizar
sus campos engañadores
que no has menester las flores
tú, de estas riberas flor.

Aquí te espera una playa
fresca alegre y hechicera
y en ella inquieto te espera
tu amoroso pescador.

¿Te olvidas de aquella noche
en que al dejar mi barquilla
te hallé en esta misma orilla
llorando porqué tardé?

Si unas horas de tardanza
tanto adorada sentías,
tu ausencia de tantos días
¿cómo, di, la sentiré?"

Fileno.

A MIRTILA

EN SU DIA.

¡Que pálido está el sol y que sombrío!
el enlutado cielo ¡cual contrista
mi inquieto corazón! Destino impío,
término pon á mis acerbos penas,
y el hielo de la muerte por mis venas
sienta yo discurrir. Tranquila tumba,
tumba que enseñas la virtud sublime
y que igualas al pobre jornalero
con el tirano que el oriente oprime,
tumba del hombre postrimer asilo,
ábrase ya tu cavernoso seno
y en él descanse el mísero Fileno
que harto tiempo vivió ¿Porqué, oh amigos,
arrebatais de mis convulsas manos
la lira del dolor? Porque inhumanos
me obligais á callar? Dejad que gima
la historia de mis penas recorriendo,
dejad que alivie mi dolor gimiendo.

Pasose el tiempo en que canté inocente
de mi ilusión los gozes seductores
y murieron mis dichas cual las flores
del agosto ahogador al soplo ardiente.

Ese sol ¿no le veis? ¡Oh si el postrero
que para mi brillara este sol fuese!
si en mi tumba al hundirse entre los mares
su último rayo lánguido cayese,

¡Cual le aplaudiera yo! Ay! él amigos
al mundo anuncia de Mirtila el día
y no me es dado modular cantares
y ayes mi pecho y nada mas le envía.

Fileno.

Ayuntamiento de Madrid

A MI AMIGO

D. J. B. C.

CADIZ, MARZO DE 1838.

A vos el poeta florido armonioso,
regalo de Apolo, de Cuba delicia,
que á Helmira cantara, que blanda y propicia
Helmira mirara con rostro amoroso,

Helmira la linda, la apuesta doncella
cual otra ninguna discreta y graciosa
la que hora angustiada de ausencia enojosa
entona de ausencia doliente querella:

A vos el que ansioso de noble aprender
la patria dejasteis, la madre y hermanos
y estrañas costumbres y climas lejanos
de ciencia ganoso llegasteis á ver,

Mi péñola vuela segura de hallarós
amigo cual siempre, leal é sincero,
y en metro sencillo, si bien planídero,
su cuita amorosa pretende contaros.

Allá donde siempre purísimo, eterno
el cielo se muestra benino é caliente,
allá donde nunca llegara inclemente
el soplo aterrido de pálido invierno,

Allá en nuestra tierra mi mala ventura
no se si la llame contraria ó amiga,
me trajo á que viese una dulce enemiga
de rostro divino y gentil apostura.

Su frente serena de plata y carmin,
la gruesa madeja que el viento meciera,
sus ojos dormidos.... ah! quien no la viera,
y ya que la viera, la viera sin fin.

Perdido de amores, sin seso, ni tino
rendido á sus plantas la dije mi pena
y entonces aquella perjura sirena
abrió á mis pesares el triste campo.

Turbada, temblando, mis ojos la vieron
tenderme su mano blanquísima, hermosa,
y en ella mis labios con ansia amorosa
un beso de fuego y amor imprimieron.

Eterna constancia jurela orgulloso,
mi gloria mi dicha, que todo sería
y tierno y rendido y ... necio decía
dichoso tu amante mil veces dichoso.

Empero cansado de tanta ventura,
sentí del destino la mano severa
y aquella que amara con fé tan sincera,
aquella que nunca juzgara perjura,

Robando á mi pecho su plácido encanto,
pagó con olvido mi tierna constancia,
sufrí sus desdenes, sufrí su inconstancia,
vertieron raudales mis ojos de llanto.

Rogué, mas en vano; en vano á los cielos
de Anarda y su olvido fatal me quejaba,
que aun á mi pecho la infiel preparaba
el negro tormento de bárbaros celos.

Miré de otro amante la dicha envidioso
bendije su suerte, maldije mi estrella
ingrata era Anarda, pero era tan bella
que amarla por siempre me fuera forzoso.

Partime á otros climas buscando el olvido,
miré las bellezas del Hudson helado
hermosas y amables de talle agraciado,
de púrpura y rosas su rostro teñido.

Las ninfas gallardas de planta sutil
que adornan del Betis la margen serena,
tambien las que huellan la aurífera arena
del Darro orgulloso, del claro Genil.

Confieso sus gracias, su mérito admiro,
mi mente embelesan, quizá las canté,
empero del alma, del alma no sé,
si exhalo por ellas un tierno suspiro.

De Anarda do quiera la imágen querida
embriaga mi pecho, le llena de encanto,
y Anarda, mi Anarda perjura entre tanto
Anarda es ingrata y Anarda me olvida.

Feliz el amante que nunca gustó
del cáliz amargo de ausencia ni celos
feliz el que grato bendice á los cielos
si amó con ternura, si amado se vió.

En Ca

El Sueño.

Soñé que triste vagaba
por una pradera hermosa
y que una purpúrea rosa
en un bello rosál ví.

Lleno de gozo mis pasos
á la linda flor dirijo
y "huye, la rosa me dijo
no he nacido para tí."

Soñé que una tortolilla
en un naranjo florido
arrullaba y su gemido
melancólico entendí.

Yo en las penas de los tristes
al verlos gemir me afijo
y fui á acercarme y me dijo
"huye, no gimo por tí."

Soñé que vagaba errante
en un bosque tenebroso
y el astro de amor hermoso
brillando en el cielo ví.

En él los lánguidos ojos
que el llanto mundaba, fijo
y eclipsándose me dijo
"yo no brillé para tí."

Intérpretes misteriosos
de mi suerte, bella rosa
tortola triste y llorosa
astro bello, os entendí.

No me anunciéis mas la pena
que ya me está destinada
yo la sé, nunca mi amada
tendrá compasion de mí.

Fileno.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

UN BAILECITO DE CAMPO.

¿Qué esto amigo? Me preguntó mi compañero de viaje, al oír dos trabucazos que al estremo de la poblacion de Guanabo disparaban.—Señal de baile esta noche, respondí: gozarás de una de estas inocentes diversiones, verás una reunion lucida, ¡qué tocados, qué hermosos cuerpos! y tambien qué caricaturas! —Ola! con qué por acá se halla de todo, y el anuncio precursor del baile se hace con salvas de artillería! ya se vé, aquí no hay periódicos, ni imprentas... pero, en fin, no es tan malo; esos tiros se oirán en todo el partido, y la concurrencia será extraordinaria.—Ya lo verás, y si quieres convencerte de los efectos de esas esplosiones, sígueme y notarás la actividad que han despertado.

Dicho y hecho, salimos á recorrer la calle y media que componen el pueblo, y ni una sola beldad vimos en las puertas formando las tertulias de costumbre, y las que no hacía media hora estaban constituidas en otros tantos *mentideros*. Para mas convencerle, entramos en dos ó tres casas de mi antigua amistad, y las afables jóvenes que otras veces nos habían hecho la corte estaban encerradas, consultando con su espejo el mejor modo de agradar á los *mozos del partido*.—¡Tambien hay aquí algo de *coquetería*! dijo mi compañero. ¿Qué tendrán que lucir á los ojos de estos buenos hombres? Nada, ellos las ven á todas horas, ocupadas en sus labores ordinarias, y ¿querrán en

el baile hacer una conquista que les aseguran mejor su candor y virtudes?—Te engañas, querido, le respondí, aquí, como en todas partes, la mujer siempre es mujer.... ¿qué le importa que sus conocidos y amigos, sepan que su belleza es debida á los cosméticos, que su estrecha cintura, sus formas abultadas son hijas de los afeites del tocador? Lucir, atraer la admiracion general de los hombres, es su idea; aparecer mas garvosas é interesantes que sus compañeras, estas sus intenciones.

Casi desierto todo el pueblo, no se veía mas que á los *mozos contribuyentes*, porqué allá, como acá, hay tambien *poninas* y *suscripciones*: no se baila si no se reúne cierto número de jóvenes que á dos ó cuatro reales contribuyan para su realizacion. Uno de los *encargados* se dirigió á nosotros y sin mas preámbulos nos dijo: “como mocitos de la Habana tienen Vds. que *contribuir doble*: su generosidad es conocida y faltan dos pesos para los cuatro y medio que se necesitan, pues el tabernero da las luces; yo no creo que Vds. queden por miserables.” Bonita admonicion, dije para mi capote, y recorriendo con trémula mano mis bolsillos, casi exánimes, saqué un duro. Imitome el buen compañero de viaje no sin pesadumbre, porqué esto de pagar por bailar, ó porqué otros bailen no es sabroso.

Impacientes de la tardanza de la noche, sin saber que hacer, y mohinos por la crecida contribucion que como de la Habana nos impusieron, comenzábamos á perder el buen humor, cuando una rara incidencia nos proporcionó alguna distraccion.

Dirijiose á nosotros un hombre que frisaba en los treinta, *vestido de largo* ó de *huesito*, sobre un hermoso caballo: así que me hubo reconocido, alargó su mano, que estrechó fuertemente con la mia diciendo, ¿cómo vá?—Muy bien, amigo, deseaba verle, siempre tan alegre.—Oh, sí, nunca me dejó abatir. Camarada *al que se deja* le dejan.—Bien dicho: ya sabe cuanto le aprecio y donde paro: si V. me honra con una visita....—Y porqué no: mi corazon ha sentido un placer inefable al ver á V.: recibí sus *interesantes* memorias; voy á dejar la bestia: iré al baile y entonces hablaremos con mas *profusion*; y partió.

—Calla chico, que tambien

hay pedantes en la sierra:

esclamó con Breton mi compañero: no nos detengamos, baile, baile, deseo oir la profusion de palabras de este tu afecto amigo, y saber pronto á que se reducen las interesantes memorias que le enviaste.

Continuamos nuestro paseo por la margen del río, á pesar de las instancias de mi compañero que solo me hablaba de aquel singular personaje. Tendió por fin la noche su negro manto, y nos encaminamos hacia donde se verificaba el baile.

La casa que sirve al efecto, es de embarrado y guano con sus dos buenos colgadizos de teja, y la sala será como de diez y seis varas de largo sobre ocho de ancho. Constituyen los asientos de este estrado, dos filas de bancos ó escaños con su espaldar, y algunos taburetes de cuero curtido, que ocupan las respetables *mamás*, porque lo duro de la madera parece daña á sus cansados miembros. Distribúyense por las paredes en candeleros de hoja de lata, á guisa de mecheros, las luces que iluminan el salón, y un farolito en cada colgadizo termina el alumbrado. Sitúanse en la puerta algunas vendedoras de *ponche de leche*, *empanadas* y *matahambre*, y no faltan sus mesas de dulces, donde el amo para negociar se ve muchas veces precisado á rifar lotes de confituras.

Mi compañero que deseaba á la vez divertirse y lucir su fina educacion, se colocó en la puerta, á modo de aposentador general, haciéndome lado para que como su *cicerone* le explicase todas las dudas que se le ofreciesen. Paulatinamente se fué llenando la sala, sin darse caso de que al pasar cualquiera persona no me preguntara *cujus generis est?* Mas quiso la fortuna que próxima á empezarse la fiesta, viniesen de la Sierra y las estancias comarcanas una porcion de gentes, que agolpándose arrastró con nosotros; y yo que no apetecía nada mejor, me aproveché de aquella ocasion para abandonar á mi amigo en la sala, y dirigirme á tomar un refresco que mitigase la sequedad de mi fauces enardecidas de tanto hablar. ¡Vaya que es curioso mi compañero! murmuré al escaparme, sin atender á su pregunta ¿dónde está la música?

Acomodada lo mejor posible aquella numerosa concurrencia, ofrecía á la vista un estrado primoroso. Distinguíanse desde luego por sus adornos y maneras dos clases de mujeres. Las unas eran las *muchachas del pueblo*, las otras las *muchachas de la Sierra*. Una simple ojeada daba á conocer esta diferencia, y mi compañero que después de buscarme inútilmente me pescó agazapado y discurriendo con una *mamá* acerca de las calamidades del tiempo, me hizo una señal á la que correspondí yendo hacia él.—¿Porqué advierto en algunas muchachas un gusto delicado en el vestido, y en otras una grosera contradiccion?

—¡Ay amigo! Aquellas son las jóvenes del pueblo, que se eclipsaron con las salvas yendo á encerrarse para competir con las lindas y románticas habaneras. ¿Hallas alguna diferencia? Pues van siempre á caza de noticias de lo que mas se usa, del color favorito; en una palabra, ellas son *las figurinas* del partido. ¿Recuerdas que al visitarlas trajeron, mal que nos pesase, la conversacion sobre su tema predilecto? no viste como se complacían con mis informes? Pues ahí las tienes; y salvo un airecillo prestado, nos creeríamos en un baile de la Habana. Las otras son las de la Sierra: ¿no ves sus modales, no adviertes esa aberracion en los colores? mira aquella preciosa cara desfigurada con los malditos bucles: no pegan mal sus cabos azules con el calzado marañuela. Estas son aquellas campesinas que nos pintan nuestros padres. Acércate á ellas, mueve los resortes de tu galantería y verás qué generosos sentimientos, cuánta verdad é inocencia.

Dirigió sus afectuosos cumplidos á aquellas jóvenes, y se convenció de la exactitud de mi relato.—¿Creerás, me dijo, qué juzgo perjudicial ese refinamiento de las muchachas del pueblo? Sus deseos no convienen á sus escaseces, y pueden acarrear peligrosas consecuencias. La natural sencillez de estos habitantes, mal se aviene á ese lujo que dispone los ánimos á la corrupcion, porqué la vanidad y el deseo de agradar, nos llevan demasiado lejos; y no lo dudes, algunos de esos desgraciados sucesos que mas de una vez excitan la chismografía de los pueblos, traen su origen de aquellas pretenciones. ¿No era mas propio que como los hombres, vistiesen sencillamente las mujeres? Esto convenría con la índole de los campos. La pureza y candor de sus vírgenes son mas hechiceros que el refinamiento y la coquetería de las grandes poblaciones. Mira si no las *serranas*.

Estábamos en esta conversacion, cuando fuimos de pronto sorprendidos por el señor de las *interesantes memorias*. Hemos bosquejado este personaje, mas no podemos resistir al deseo de acabar su retrato. Figúrese el lector un hombre mas que de regular estatura, labrador y de estos de *cáscara amarga*, que nacido entre las malezas, ni sabe leer, ni escribir, ni maldita la cosa de política, y á pesar de todo se cree un orador eminente y un poeta consumado. Sus discursos se pueden inferir por la salutacion; sus versos son *interesantes, divinos, profusos*; pero como los buenos pensamientos pierden la mitad de su brillo cuando no los espresa su autor, los dejaremos para mejor ocasion.

He dicho que nos sorprendió en nuestras meditaciones por que gritó con su voz descomunal *sala, sala*, é incontinenti comenzaron á moverse todos para el *zapateo*. La música hasta entonces invisible, comenzó á tocar; y como mi compañero estaba desprevenido, hizo la mueca mas graciosa que he visto en mis dias. Como era un baile ordinario, se reducía toda ella á una guitarra y un tiple que por fortuna estaba bien punteado.— ¿Pero esto no se oirá al comenzar la danza? me dijo á media voz el habanero. Iba á responderle, cuando el baile campestre principió.

Daba gusto ver la agilidad y soltura de nuestros guajiros buscando en sus diversas posiciones y movimientos el aplauso general, con figuras tan originales y bien acordadas que honrarían al mejor maestro de baile. Los *zapateadores* son incansables, y tienen sus reglas de política que rigurosamente observan. Nadie puede quitar del puesto á ninguno de los bailadores sin que la mujer halla *dado la vuelta*, que consiste en cambiar de puesto: dió la maldita casualidad de que se descalzara el zapato á la bailadora, y nuestro poeta con la mayor galantería le cubrió el pié con el sombrero que conservaba puesto mientras bailaba, hincando una rodilla delante de ella para que á la vez que se cubría tuviera donde apoyarse. Apenas iba á continuar el baile, un apasionado de dicha jóven puso en su hombro un pañuelo, señal de su complacencia porque lo hacía bien, y cuando aquel concluyó, se dirigió ella hacia donde él estaba sentado, y con la mayor gracia y *zandunga*, bailó un instante para devolverle su prenda y recibir la gala. ¡Bravo, divino! exclamó mi compañero. Nuestro poeta después que se sentó la dama le ofreció un refresco que aceptó gustosa, y consistía en un *vasito de vino blanco, panetela* y *agua*.

Así que los *zapateadores* nos dejaron un claro, empezamos los *paganos* y corrimos á citar las muchachas del pueblo para la danza y el vals. antes que volvieran á quitarnos la oportunidad. Comenzó pues la música, y bien se deja conocer que luego que empezó el *embullo* de la danza no era posible oírla: así bailamos, cuando menos una ó dos horitas, con el mayor contento y regocijo; pues apenas los vivificantes sones de la guitarra hirieron los oídos de la concurrencia punteando la bien ponderada danza *Con qué te lavas la cara*, volaron los mozos *vestidos de corto*. requisito *sine qua* no se les permite bailar, á colocar sus compañeras en sus puestos: en seguida se

principió con el consabido *ajiaco*, y una que otra figura que algunos mal intercionados apellidan *diarios viejos*.

Concluida la danza, entró un vals; y habiendo pedido un *fandanguito de España* que bailaron las jóvenes primorosamente; volvió el *zapateo* que nunca estuvo mas divertido. Reuniéronse al rededor del *tocador* los mozos *cantadores*, y acompañándose con algunos golpecitos en la guitarra, llevaron perfectamente el compás. Como nuestro poeta, que es enamorado si los hay, pretendía ablandar una hermosura que se le mostraba esquiva, se acercó á la rueda y puesto en cucullas, quizá para mejor entonarse, principió su décima con estos versos:

Hermosa prenda querida
por besar tu dentadura
bajara á la sepultura
aunque perdiera la vida.

Por este interesante pié, puede inferirse el resto de la composicion. Siempre que concluía una *cuarteta*, se acercaba á su ídolo diciéndole, *yo no puedo decir mas, ¿qué le parece á V? he dicho bien?* y otras palabrotas por este estilo. Competíale en el canto un jóven de hermosa voz que con la *tonada nueva* nos arrobaba cada vez, pues cuando se canta bien se goza de la belleza del estilo provincial. Nuestro hombre le miraba de reojo y mas de una vez se rascó la barba; pero como mi amigo no le dejaba resollar con sus preguntas, y el jóven se puso en cobro; tuvimos la dicha de que no terminara el canto en desafío.

Como por primera vez mi compañero de viaje asistía á estas diversiones, no se curaba de que nos esperaban cinco leguas y de mal camino, para volver á nuestras ocupaciones. Inútil era recordárselo, quería apagar las luces, y por consecuencia ser el último que se retirara para que nada le contasen después.

Terminose por fin el baile, y entraron por mi desgracia las despedidas, que mi amigo no escusó para mas comprobar su afecto á las hermosas y el gusto que había pasado con ellas durante los dos dias que espiraban aquella noche; y después de ofrecerles volver la próxima pascua, nos retiramos por último acompañados del poeta, quien entonces esplayó su cortesía y talento en tan disparatadas razones que nos obligaba á contener la risa. Llegados á la puerta, se despidió de nosotros diciéndonos con énfasis, "mi orgullo á las plantas de los amigos, buenas noches," y espoleando su caballo, nos gritaba desde lejos "me repito, buenas noches."

LA TORRE DE BERROA.

Viajaba en 1832, de retorno á esta ciudad. Lo pésimo del camino real que las frecuentes lluvias de los meses de Mayo y Junio hacen intransitable, me obligó á desecharle tomando la orilla del mar. El aire fresco de las riberas, mi tránsito casi entre dos elementos, la interminable superficie azulada, la vista de una que otra vela, la salida de algunos animales anfibios, el descenso y elevacion rápida de las aves acuáticas para hacer su presa; formaban á mi derecha un cuadro estremadamente halagador. Mi caballo bañado con frecuencia por las olas, pisaba la movable arena y multitud de conchas, restos de animales marinos y fragmentos de embarcaciones destruidas. A la izquierda innumerables enredaderas silvestres comenzaban á verdear un bosque de *icacos*, de *uvas caletas* y de *manzales*.

Había andado cosa de dos leguas y atravesado las diversas bocas de los rios que en esa direccion desaguan en el mar, cuando un pequeño torreón y algunas casas construidas sobre la arena me recordaron que habia llegado á la del de Bacuranao y que me hallaba en su poblacion de Pescadores. Serían las once de la mañana, y tomando por una senda entre el monte, á poco andar bajé la sierra y me encontré con el pueblo de *Bacuranao* ó *Barrera*. Tomé por la derecha la salida del pueblo, y casi al medio de una vasta llanura divisé las ruinas de un edificio. Situada esta gótica mansion en una colina de regular altura; circundada de un hermoso valle, á la falda de una cordillera de lomas; numerosas *estancias* esparcidas en el llano, engalanadas con simétricos *canteros* de hortaliza y legumbres; diversos ganados vacuno, lanar y de cerda; el relincho del noble bruto, objeto de tanto cuidado para los jóvenes campesinos, y el manso y alegre curso de un arroyo que toma su origen de las vertientes de aquellas inmediaciones, formando alrededor de las ruinas un arco para confundirse después con otro mas caudaloso que procede del rio de las Lajas; completan el cuadro bellísimo de esta antigua habitacion destruida.

Elévase por término de las arruinadas paredes de un magnífico salón, la pieza alta que por lo cuadrado de su construccion y altura, llaman los habitantes de la comarca *Torre de Berroa*, la única de toda esa fábrica que se conserva ilesa.

El deseo de examinar un recuerdo de nuestras antigüeda-

des en ese monumento de los pocos que nos han quedado, unido al calor que me devoraba, me hicieron dirigir hacia él.

A poca distancia surcaban uncidos alarado dos robustos novillos que un labrador como de cincuenta años de edad dirigía con destreza. Detuvo su tarea á mi saludo y apoyándose en la mansera del arado, con su natural sencillez me habló sobre aquellas ruinas, diciéndome que la Torre estaba habitada y que en ella encontraría cuanto necesitase. Advirtiome empero con una mezcla de terror, que no intentara pasar en ella la noche. Corre la voz, añadió bajando la suya, que habita *cosa mala* en el piso alto. Como á las doce de la noche se abre aquella ventanita, se advierte una luz que vaga indistintamente, aparece, se oculta, y se la ve descender y dirigirse al pié de la torre, y por una veredita estrecha que hay allí, donde nunca crece la yerba, anda como unos veinte pasos hasta encontrarse con un pozo cuadrado de ladrillos en cuyo centro se halla una gran cruz; colócase en el extremo de ella y desaparece para volver á iluminar la ventanita hasta que los rayos del día la oscurecen. Ninguna persona estraña se atreve á permanecer de noche en ella: solo los esclavos y el mayoral toleran el ruido estraordinario que acompaña la aparición de la luz. El ladrido de los perros nos anuncia su salida: todo el vecindario se consterna y desea con impaciencia la ocasión de hallar una persona de ánimo que se atreva á hablar á esa *alma en pena*.

Encamineme á la Torre y un negro anciano y enfermo salió á recibirme: preguntele por el mayoral, y me condujo á su habitación, que estaba inmediata á la parte baja.

Algunos taburetes de cuero crudo, una rústica mesa y una jarrera llena de loza colocada con simetría, completaban el menaje de casa. Dos preciosas jóvenes al lado de una anciana que hilaba algodón, cosían la ropa de uso, y por fin una gran butaca de Campeche daba cómodo asiento al mayoral que entonces sepultado en ella descansaba de los trabajos de la mañana, y se refrescaba de los ardientes rayos del sol de aquel día. Así que me vió dijo con política:—Desmóntese vd. caballero.—Así lo haré si vds. me permiten descansar un rato á la sombra.—Si señor, y aun tomará vd. un coco de agua para refrescar, agregó brindándome uno de los taburetes colocados cerca de él.

Rayaba este buen campesino en los 70 años de edad. Su cabeza cubierta de canas, y su calva frente, le daban un aspecto venerable. Su tostado rostro y robustos miembros patenti-

zaban lo mucho que habia trabajado. Convidome á comer, y limpios manteles, algunos platos, y muy escasos cubiertos, era todo el adorno de la mesa que sus hijas prepararon. Viandas cocidas, legumbres y un gran plato de *carne vieja*, por manjares; y al estilo antiguo, el mas profundo silencio reinó durante la comida.

Después de ella pedí al huésped noticias de la fundacion y abandono de la fábrica y nada mejora su narracion sencilla.

“La antigua y noble familia de los Berroas fabricó desde tiempo inmemorial esta hermosa casa para su recreo. El cuidado que hubo en su construccion y el esmero conque estaban hechos sus jardines, atestiguan lo delicioso que sería esta morada. Su dueño tuvo por única sucesion una bella jóven que formaba el complemento de sus delicias. Creció esta niña educada bajo los mas austeros principios, y su corazon inclinado á la virtud se aprovechaba de aquellas máximas saludables; bien que no estuviera exenta de pasiones. En la edad de la efervescencia, no pudo resistir los encantos del amor. Frecuentaba la casa de sus padres un jóven de muy decente linaje y de la mas delicada educacion, que fué el objeto de sus amores. Disfrutaban los amantes de los encantos de su pasion, curándose poco de las fatales consecuencias que habia de acarrearles. Cada uno miraba en su amado, cuanto podia ofrecerle de halagüeño este mundo seductor. Así que el padre supo las relaciones de su hija, consideró que aunque era el jóven de noble alcurnia, no la igualaba, y que sus biénes de fortuna no podian hacerla valiosa. Estas y otras razones obraron en su ánimo, y sin darse por entendido, dispuso adelantar el viaje á su casa de recreo: solo tres dias pasaron desde el fatal descubrimiento á su partida. El jóven, como era natural, supo en su próxima visita que le alejaban de su adorada, y que por política le convidaban á verlos.

“Partieron al fin, y llegados á la quinta, la jóven Emilia observó en su padre la mayor bondad. El quería que el tiempo y la ausencia la hiciesen olvidar aquellos primeros impulsos; mas la jóven, lejos de perder un átomo de su pasion, pasaba los mas crueles dias en esta quinta. Se deterioró su salud en tales términos que su padre temió por su vida y aun intentó unirla á su amante y conservar á costa de aquel sacrificio su cara prenda. Pero este, temeroso de que por alejarla de él la llevaban al campo, no se atrevía á presentarse y retardaba su ida cuanto era posible para alejar toda clase de sospechas.

“Cada dia que pasaba la triste jóven sin ver á su amante, e-

ra un martirio para su lacerado corazón: tierna planta, viose batida por el uracán y no pudo resistir. A los dos meses de su estada en la Torre le atacó una fiebre lenta que en cuarenta días la llevó al sepulcro. Huyeron horrorizados de esta mansión sus desolados padres, sin que hubiesen hecho nada que les remordiera, pues no habían opuesto á aquel enlace sino medios moderados, que por desgracia son insuficientes si no se destruyen en su origen los arranques de una pasión devoradora.

El vulgo siempre novelero y entonces supersticioso, dió con motivo de la muerte de la jóven y el abandono de la casa las mas exageradas noticias, entre las que valió mucho el apareamiento de una luz á deshoras de la noche que aun les alucina.”

Yo registré escrupulosamente el edificio buscando el origen de aquella preocupacion, y solo vi varias abras ó rajaduras por el interior, y en la parte esterna los mechinales ó agujeros donde estuvieron los andamios para construirla. La ventanita que se me habia señalado, ya no existía, quedando el hueco que la ocupaba; y como habita la pieza baja el negro viejo que salió á recibirme, y es sabido que estas gentes duermen inmediatas á una candelada, resulta que su luz se comunica por las abras al techo y agujeros del piso alto donde se la ve con las alternativas de una hoguera, ó bien saliendo su claridad por los mechinales que dan al alto del extremo de la cruz. ¿Cómo ha de crecer la yerva en una vereda frecuentada por las hijas del mayoral que en el poyo de la cruz tienen algunos tiestos con flores?— ¡Así son los errores populares y supersticiosos! esclamé tomando mi caballo y despidiéndome de la familia.

ANÉCDOTA.

Uno de los príncipes franceses tenía diariamente muchos amigos y lisonjeros que asistían á su mesa. Su generosidad era tan conocida, tan francos sus modales, que muchos poetas y literatos se aprovechaban de esto para comer con él siempre que no tenían el dinero necesario, cosa muy frecuente en esta clase de individuos.

Un día, como á las once de la mañana, se presentó al príncipe un coronel, viejo soldado de Napoleon, que venía á seguir un negocio de importancia en la corte, y era nada menos que su rehabilitacion: como traía cartas para el príncipe en que le

manifestaban lo atrasado de sus bienes, aquel no vaciló en ofrecerle su bolsa y cuanto estuviera de su parte, instándole para que no dejara de comer con él todos los dias. Escusose mucho el militar, pero cedió por aquella vez y apareció en palacio á la hora designada.

El príncipe tenía la costumbre de tomar polvo de tabaco que sorvía con delicia en una hermosa caja de oro y pedrerías que era su inseparable compañera. Sacola varias ocasiones; pero cuando se registró los bolsillos á los postres, la caja no parecía. Ningun criado habia en los contornos á quien echar el muerto, solo el militar estaba cerca del príncipe. Buscose otra vez la caja, pero inútilmente.

Pensaron todos que sería una jocosidad de cualquiera de los concurrentes, y hubo zumbas y algazara. No, dijo el príncipe riéndose, y cuando todos se levantaban para irse: señores, basta de broma. En esa caja está el retrato de mi amada y nadie saldrá sin registro.—Al registro, al registro, gritaron veinte voces, y todos comenzaron á enseñar sus faltriqueras. Dos ó tres se aproximaron al coronel, que cambió mil colores al momento y volviéndose á ellos, les dijo empuñando la espada.—A cualquiera que me toque al vestido, le dejo muerto al instante.—Quietos, señores, dijo el príncipe: no quiero que haya disgustos por una vagatela.—Se fué el coronel y todos pensaron que era un ladrón: hasta el mismo príncipe se lo persuadió.

Cuando por la noche este se quitó la casaca, y la arrojó en una silla, sintió un ruido que le llamó la atención: era su caja que se habia deslizado entre el forro. ¡Pobre coronel! dijo para sí, te he calumniado y debo satisfacerte. Envió al dia siguiente muy temprano á convidar á todos los que habian comido con él el dia antes, forzándoles á que ninguno faltara. Así que estuvieron reunidos, mostró la caja y refirió como la habia encontrado. El militar oyó con indiferencia la narracion, cosa que admiró mas la concurrencia; pues no creian que fuera para él tan poco satisfactorio el asunto.

Ahora bien, amigo mio, dijo el príncipe, dirigiéndose al militar: ¿por qué cambió vd. de color y echó mano á la espada?

Señor, dijo el coronel, no sé mentir: hacía dos dias que no tomaba alimento, y como pensaba no volver á palacio pues lo atribuirían á mi necesidad, me guardé un pollo asado en el bolsillo.

Este individuo fué nombrado al dia siguiente gefe de brigada.

VENECIA.

¡Venecia! jamás se pronuncia este nombre sin que la imaginacion se conmueva y se la pinte á su amaño. ¡Venecia debe ser admirable! Una ciudad sobre el agua; sus palacios; sus cárceles; sus tribunales; sus góndolas, todo será extraordinario! Tal es el lenguaje de los que no han visto esta ciudad, única y singular en todo, ó el de aquellos que solo la conocen por leyendas... y así pensaba yo. Pero hoy que la he visitado, mis juicios son mas positivos, sin que por esto deje de admirarme menos.

No trato de hacer una descripcion de Venecia: muchos y acreditados autores lo han verificado con la mayor exactitud, y nada nuevo podría decir: solo haré una relacion sencilla de la impresion que causó en mí la vista de la reina del Adriático y de lo que mas llamó mi atencion.

El día 18 de Julio de 1837 salí de Milan con direccion á Venecia á cuyo puerto llegué el veinte y uno á las dos y media de la madrugada, y á poco rato nos embarcamos por el canal de Fusina dirigiéndonos á la ciudad. El tiempo que ocupa nos en cambiar los equipajes y demás, hizo abanzar la hora y ya se principiaban á ver los primeros rayos de la aurora, cuando rompieron los remos las aguas de la mansísima laguna. Nunca he deseado tanto el día: me parecía que la barca no andaba y que el sol tenía tanto sueño como los marineros que vogaban en ella. Importunaba á todos con mis preguntas y nada bastó á satisfacer mi curiosidad. Para colmo de fastidio, hasta las malditas aduanas vinieron á incomodarme. A una distancia como de media legua mas ó menos, llegamos á una casita donde nos quitaron los pasaportes para filiar á quienes ya habian pasado por mas registros que pueblos habiamos atravesado en toda Italia. En fin en esta dichosa maniobra y *chiachere* (conversacion, charlatanería) de los que nos pararon y llevaban, se nos vino el día como de repente. ¡Qué hermosa perspectiva la de la salida del sol en aquel punto! Como la tierra hacia la parte del oriente es tan llana, parecía que se alzaba de la misma laguna y que esta era tan grande como el océano. Los primeros rayos se quebraban en las tersísimas aguas que se creerían de hielo, y tomando un rojo encendido presentaban la imágen de un lago de sangre. Mientras me ocupaba de esta hermosa vista, oí que decían los marineros *¡già si vedi il campanille!* (ya se

vela torre) *¿dove, dove?* (donde, donde?) dije: se me señaló la direccion y yo la ví.... Nos acercamos á ella, y queriendo verlo todo, me encontré sin apercibirme en el gran canal ó canal regio donde se aumentó mas mi admiracion; y si antes me parecía Venecia una flor detenida sobre la corriente de un gran río, en aquel momento no supe compararla porque no sé lo que se me figuraba. Ya en el canal, se redoblaron mis preguntas queriendo saber el nombre de los palacios, si vivian sus dueños, si toda la ciudad era lo mismo, y cuanto pregunta un viajero.

Aunque muchos y magníficos edificios adornan las orillas del canal, ningunos fijaron tanto mi atencion como los palacios Loredano y Barberini. Llegamos al parador, donde tomé una góndola dirigiéndome al *hotel* ó posada de la Gran Bretaña, en el palacio de Bianca Cappello, cerca del Palacio ducal *nella riva de canonica*, desde cuyos balcones veía muy inmediato el *punte de los suspiros*.

Mas que estropeado estaba de las malas noches y del viaje, pero solo atendí á mi curiosidad, y sin hacer mas que mudarme, me puse en camino á la plaza de San Marcos, y en un instante la corrí toda: entré en la catedral; contemplé la fachada del Palacio ducal, y revolví cuanto pude de momento; pero considerando que había de detenerme algun tiempo y verlo todo por su orden, me retiré á descansar queriendo dar alas á las horas para empezar mi tarea al siguiente dia.

Apenas amaneció, me puse en camino con mi *cicerone* ó conductor; y teniendo que seguir el orden que marca la guía del viajero, me fué preciso pasar el tiempo en ver la catedral de San Marcos, donde ciertamente hay mucho que admirar; pero yo lo tenia todo en el Palacio y mas que nada en las cárceles; y ya en estas haré un pequeño bosquejo de ellas.

Al terminar la magnífica escalera que está al lado izquierdo del Palacio visto de la plaza de San Marcos, se ven al frente unos buzones ó especies de confesionarios por donde se dice que se echaban las acusaciones ó se hacían de viva voz, y como nota Victor Hugo en su *Angelo*, *parece que esten diciendo: delata, acusa*. Yo me estremecí al contemplarle, y compadecí las almas mezquinas que se llegarían á ellos á llenar de oprobio y duelo á muchas familias, impulsados tal vez de una rastrera venganza ó vendidos al poder de los grandes. Siguiendo el hermoso corredor de columnas, fijó mi atencion ver una amarilla, siendo todas blancas; á lo que me dijo el *cicerone*: *aquí se puso á*

la espectacion pública la cabeza de Marino Faliero, y para dejar un recuerdo de su castigo, se colocó esta columna de un color distinto de las otras. Sabida es la historia de este hombre ambicioso y desgraciado, y reflexionando entonces en ella, no pude determinar quien fué mas criminal, si él tramando contra el estado, ó este castigándole. (*)

Seguimos viendo salones, cuadros, bibliotecas &c., hasta que llegamos al sitio en que se reunia el tremendo tribunal de los diez. ¡Cuántas reflexiones no haria en aquel momento, y cuántas no pudiera hacer ahora si fuera otro mi plan! En seguida pasamos al salon del gran senado, donde todo se conserva, como advertí antes, en su primitiva magnificencia. Llegados que fuimos á dicho salon en compañía de algunos amigos y de un paisano que me animaron á declamar, subí á la tribuna y dije en italiano una relacion del Otelo, y aunque la traduccion sería como debe creerse, hizo tal efecto en un jóven inglés, que llenándome de elogios me invitó á celebrar juntos la memoria del autor de la tragedia.

Antes de llegar á mi objeto, que son los calabozos, diré que vi la prision en que estuvo el desgraciado Pellico, á quien se le puede perdonar que la pinte tan horrorosa por su situacion, porqué en realidad nada tiene de tan terrible. En fin, después de ver todo lo que hay que ver, que es mucho, tomamos nuestros *cerillos* para bajar á los calabozos. Sentía una sensacion estraña en mi corazon mientras mas nos acercábamos al lugar en que se hallaban. Entramos en un estrecho callejon donde están situadas las mazmorras, casi todas al lado izquierdo de la entrada: son por lo general largas y angostas, y tendran tres varas de longitud y una y media de latitud; de un lado hay unos poyos ó camas de piedra: la habitacion no tiene mas luz que la que puedan dar las aberturas de una puerta chica en un sitio donde no hay casi ninguna claridad: se conoce que antes estuvieron forradas interiormente de tablas, tanto por las señales que han quedado en los muros, como por existir algunas en su primer estado.

Hay un cuarto en medio de este cementerio destinado á las ejecuciones, ó mas bien dicho, donde se ahogaba al reo por

(*) En el salon en que están todos los retratos de los Duces, hay un cuadro en que solo se ve pintado un velo negro y escrito sobre él en latin: "Este es el lugar que debia ocupar el Dux Marino Faliero, decapitado por criminal."

medio de una sogá, teniendo preparada la operacion del modo siguiente: una ventana de barras de hierro muy gruesas que dan al callejon: en la parte interior y á una altura proporcionada y á manera de agrafas ó piedras que se hallan salientes en los edificios para enlazar la pared que quiera levantarse, existe un asiento igualmente de piedra: en las crucetas de los hierros de la ventana, se ven dos huecos redondos para pasar las cuerdas. Para esta operacion sentaban por la parte interior al paciente, y le pasaban el dogal por el pescuezo haciendo salir los extremos por los huecos antedichos: estos se unian por fuera, y dándole vueltas por medio de un palo, se procuraba la estrangulacion: ¡qué horror! Se dice que como esta operacion era dilatada, las mas veces, pasaban el cuello al reo con un cuchillo para abreviarla, y así vimos todas las paredes de este infernal lugar manchadas de sangre como si se hubiera escupido en ellas. Salimos de allí para ir á otro punto mas espantoso si es posible, y á donde estaba la guillotina.

Figúrese el lector un callejon ó pasillo como de vara y cuarta de ancho, al extremo del cual, y como dos varas antes de llegar al fin, se ven dos maderos de pié con su canal ó moldura por donde caía la cuchilla. Para la ejecucion se ponía el cuerpo en el suelo con los piés hacia el lugar donde quedaban las dos varas, y la cabeza hacia fuera: en el muro hay un nicho pequeño donde se ponía la lámpara que daba luz á tan horrendo espectáculo: en el suelo se ve un sumidero por donde iba la sangre al canal y una compuerta para sacar el cadáver. A un lado de donde estaba la guillotina, hay dos pequeños cuartos, uno para el verdugo, y otro para el reo. En el destinado á este se ve un poyo de piedra y una especie de asiento de lo mismo, que dicen servía al sacerdote que auxiliaba. ¡Quién no se estremecería á tal vista! Ni aun ahora puedo explicar lo que experimento al recordarla.

Con el alma oprimida y la cabeza llena de tales ideas seguimos viendo aquel sitio funesto y llegamos al puente de los suspiros. Este es el paso con que se comunican los calabozos ó cárceles de estado, con la cárcel pública que está separada del palacio por una distancia igual á la que hay de una de nuestras aceras á otra, y como era seguro que el que entraba en las cárceles de Estado no salía jamás vivo, tomó el puente de comunicacion el nombre que le hace tan memorable..... Estaba cerrado y no pudimos verle.

Aunque mucho me habian afectado los calabozos, volví dos ó tres veces mas á verlos, y en una de ellas copié las siguientes inscripciones que darán mejor idea de lo que eran las prisiones conocidas con el nombre de pozos de Venecia.

En el techo del calabozo número 1.

Viva Andrea Fardinelo Oresse de Padua bon compagno.—Viva Lorenzo.... Non posso tornare in drio ma spero.—Hodie mihi, eras tibi.

Viva Andres Fardinelo Orese de Padua buen compañero.—Viva Lorenzo.... no puede retroceder aunque espero.—Hoy para mí, mañana para ti.

En el techo del calabozo número 3.

Die 29 Agosto 1795, G. B. M. fu messo in questo cameroto ingiustissimamente e se iddio non mi ripiega sarà l'ultima desolazione d'una povera, numerosa e onesta famiglia.—Giovanni Marco Bergarick.

Dia 29 de agosto de 1795. Juan Bautista Morani fué puesto en este calabozo injustisimamente, y si Dios no me ampara, será la mayor desgracia de una pobre, numerosa y honrada familia.—Juan Marcos Bergarick.

En el del número 5.

Maximum Grimani Serenissimo príncipe. Odi die 26 F. 1605. Fu chiamato per far il nuovo príncipe lo Illustrissimo Signore Eminentissimo Luigi Leonardus Donatus Dux Venetus—Maledictus homo qui confidit in hominis: soli deo honor et gloria.

Máximo Grimani Serenísimo príncipe; hoy 26 de Febrero de 1605. Fué electo príncipe el Ilustrísimo y Serenísimo Sr. Luis Donato Dux Veneto.—Maldito el hombre que confía en los hombres; solo á Dios se debe honor y gloria.

En el del número 8.

Viva Galafó Toscarei, e amici 1584—Lorenzo Da Vejarano li stato qui al torto messi 7.... 1558.

Viva Galafó Toscarei y amigos 1584. Aquí ha estado Lorenzo Vejarano sin razon.

En el del número 9.

Non ti fidar d'alunno, pensa e taci
se furir voi d'spioni infidi e laci:
il pentirte il lagnarti nulla giova
ma ben dal valor tuo fa vera prova.

*No te fies de ninguno,
si quieres huir de cobardes,
de falsos y delatores
y de espías miserables:*

*nada vale arrepentirte;
de nada sirve el quejarte,
mas de valor y constancia
tienes que dar pruebas grandes.*

Da che mi fido guardimi iddio
da chi non mi fido mi guardaro io.

*Del agua mansa me libre Dios
que de la braba me guardaré yo.*

W la S.^{ta} C.^e K.^a R.^{ma} io Francesco Marco Abioti.

Parece decir: *Viva la Santa Iglesia Católica Romana yo Francisco
Marco Abioti.*

Un parlar poco
un negare pronto
e un pensar il fine
po dar la vita á noi e altri meschini.—1605.
Ego Joanne Bta. P^{re} Ecclesiam Cortelano.

*Hablar poco y lo preciso;
saber negar á su tiempo;
y pensar los resultados.
puede salvar nuestra vida
y aun á muchos desgraciados.*

Io Pietro Savioni sono stato qui e morrò.

Yo Pedro Savione he estado aqui y moriré

Povera madre mia....!
oh cari miei fretelli....
addio: la sorte ría
mi dici dei morir.
Io moio ma da prode
seguite il mio sentiero,
morite per la gloria
che é bello alor morir.

*¡Oh mísera madre...!
hermanos queridos....
la suerte ensanada
me manda morir:
mas muero cual héroe
seguí mi camino,
morí por la gloria
que es dulce morir.*

El viajero que ve estas inscripciones donde brillan la ilustración y la virtud, no podrá menos que exclamar conmigo: ¡Desdichada Venecia! Durante tu poder fuiste la execración de los hombres ilustrados: en tu caída la vergüenza de las naciones.—J. B. C.

LA AMISTAD.

Es el afecto mas noble que nos dió naturaleza; el mas desinteresado: se fomenta con el trato y nos proporciona aquellas sensaciones dulces é indefinibles, como el recuerdo de un amor correspondido. Propia del hombre, exige la confianza y la igualdad de las condiciones para ser pura y sostenida. No debe confundirse con el respeto, ni con el agradecimiento, quienes engendran otra afeccion sublime, pero diversa de la que describimos. Puede maridarse con estos algunas ocasiones, y entonces es un sentimiento misto, como el del inferior al superior. En mi amigo pongo mi confianza, no me pesan los sacrificios ni los favores que recibo, porque mi corazon me dice que haré siempre con él tanto ó mas de lo que hace por mí. Mi amigo es otro yo, se rie conmigo y mis lágrimas tambien se juntan con las suyas.

Ah! périsse à jamais ce mot affreux d'un sage,
Ce mot l'effroi du cœur et l'effroi de l'amour!
SONGEZ QUE VOTRE AMI PEUT VOUS TRAHIR UN JOUR,
Qu'il me trahisse, hélas! sans que mon cœur l'offense,
Sans qu'une douloureuse et coupable prudence
Dans l'obscur avenir cherche un crime douteux:
S'il cesse un jour d'aimer, qu'il sera malheureux!
S'il trahit nos secrets, je dois encor le plaindre:
Mon amitié fut pure, et je n'ai rien à craindre.
Qu'il montre à tous les yeux les secrets de mon cœur:
Ces secrets sont l'amour, l'amitié, la douleur:
La douleur de le voir, infidèle et parjure,
Oublier ses sermens, comme moi mon injure.

Así esclamá con el historiador Gaillard al oir un egoísta que se burlaba de la amistad y trataba como delirios los estreños que yo hacía con un amigo de mi infancia.

Decía Escipion que no conocia blasfemia mas odiosa contra la amistad que este dicho de un antiguo: *Es necesario amar hoy como si debiéramos odiar mañana.*